

La educación de la conciencia con san Francisco de Sales

Con toda probabilidad, fue la llegada de la Reforma protestante la que puso en la agenda el problema de la conciencia y, más precisamente, de la «libertad de conciencia». En una carta de 1597 a Clemente VIII, el prelado de Sales deploraba la «tiranía» que el «estado de Ginebra» imponía «sobre las conciencias de los católicos». Pedía a la Santa Sede que interviniera ante el rey de Francia para lograr que los ginebrinos concedieran «lo que llaman libertad de conciencia». Contrario a soluciones militares para la crisis protestante, vislumbraba en la *libertas conscientiae* una posible salida al enfrentamiento violento, siempre que se respetara la reciprocidad. Reivindicada por Ginebra a favor de la Reforma, y por Francisco de Sales en beneficio del catolicismo, la libertad de conciencia estaba a punto de convertirse en uno de los pilares de la mentalidad moderna.

Dignidad de la persona humana

La dignidad del individuo reside en la conciencia, y la conciencia es ante todo sinónimo de sinceridad, honestidad, franqueza, convicción. El prelado de Sales reconocía, por ejemplo, «para descargar su conciencia», que el proyecto de las Controversias le había sido impuesto de alguna manera por otros. Cuando presentaba sus razones a favor de la doctrina y la práctica católica, se preocupaba por precisar que lo hacía «en conciencia». «Díganme en conciencia», preguntaba a sus contradictores. La «buena conciencia», de hecho, hace que uno evite ciertos actos que lo ponen en contradicción consigo mismo.

Sin embargo, la conciencia subjetiva individual no puede tomarse siempre como garante de la verdad objetiva. No siempre se está obligado a creer lo que uno dice en conciencia. «Muéstrenme claramente –dice el prelado a los señores de

Thonon— que no mienten en absoluto, que no me engañan cuando me dicen que en conciencia han tenido esta o aquella inspiración». La conciencia puede ser víctima de la ilusión, de forma voluntaria o incluso involuntaria. «Los avaros empedernidos no solo no confiesan serlo, sino que no piensan en conciencia que lo son».

La formación de la conciencia es una tarea esencial, porque la libertad de conciencia conlleva el riesgo de «hacer el bien y el mal», pero «elegir el mal no es usar, sino abusar de nuestra libertad». Es una tarea dura, porque la conciencia a veces nos aparece como un adversario que «siempre lucha contra nosotros y por nosotros»: ella «opone constante resistencia a nuestras malas inclinaciones», pero lo hace «para nuestra salvación». Cuando uno peca, «el remordimiento interior se mueve contra su conciencia con la espada en mano», pero lo hace para «traspasarla con un santo temor».

Un medio para ejercer una libertad responsable es la práctica del «examen de conciencia». Hacer el examen de conciencia es como seguir el ejemplo de las palomas que se miran «con ojos limpios y puros», «se limpian con cuidado y se adornan lo mejor que pueden». Filotea está invitada a hacer este examen todas las noches, antes de acostarse, preguntándose «cómo se ha comportado en las distintas horas del día; para hacerlo más fácilmente se pensará en dónde, con quién y a qué ocupaciones se ha dedicado».

Una vez al año deberemos hacer un examen profundo del «estado de nuestra alma» ante Dios, el prójimo y nosotros mismos, sin olvidar un «examen de los afectos de nuestra alma». El examen —dice Francisco de Sales a las visitandinas— les llevará a sondear «a fondo su conciencia».

¿Cómo aliviar la conciencia cuando uno la siente cargada de un error o de una falta? Algunos lo hacen de mala manera, juzgando y acusando a otros «de vicios de los que son víctimas», pensando así en «endulzar los remordimientos de su conciencia». De este modo se multiplica el riesgo de hacer juicios temerarios. Al contrario, «aquellos que cuidan correctamente de su conciencia no están en absoluto sujetos a

juicios temerarios». Conviene considerar aparte el caso de los padres, educadores y responsables del bien público, porque «una buena parte de su conciencia consiste en velar atentamente por la conciencia de los demás».

El respeto a uno mismo

De la afirmación de la dignidad y la responsabilidad de cada uno debe nacer el respeto a sí mismo. Ya Sócrates y toda la antigüedad pagana y cristiana habían mostrado el camino:

Es un dicho de los filósofos, que sin embargo fue considerado válido por los doctores cristianos: «Conócete a ti mismo», es decir, conoce la excelencia de tu alma para no humillarla ni despreciarla.

Ciertos actos nuestros constituyen no solo una ofensa a Dios, sino también una ofensa a la dignidad de la persona humana y a la razón. Sus consecuencias son deplorables:

La semejanza e imagen de Dios, que llevamos en nosotros, se mancha y desfigura, la dignidad de nuestro espíritu se deshonda, y nos hacemos semejantes a los animales sin razón [...], haciéndonos esclavos de nuestras pasiones y trastornando el orden de la razón.

Hay éxtasis y arrebatos que nos elevan por encima de nuestra condición natural y otros que nos rebajan: «Oh hombres, ¿hasta cuándo serán tan insensatos –escribe el autor del Teotimo– de querer pisotear su dignidad natural, descendiendo voluntaria y precipitadamente a la condición de las bestias?».

El respeto a uno mismo permitirá evitar dos peligros opuestos: el orgullo y el desprecio de los dones que uno tiene. En un siglo en que el sentido del honor estaba exaltado al máximo, Francisco de Sales tuvo que intervenir para denunciar fechorías, en particular en el problema del duelo, que le hacía «ponerse los pelos de punta», y aún más el orgullo insensato que era la causa. «Estoy escandalizado» –escribía a la esposa de un marido duelista–; «en verdad, no puedo

entender cómo se puede tener un valor tan desmedido incluso por bagatelas y cosas sin importancia». Al batirse en duelo es como si «se convirtieran el uno en verdugo del otro».

Otros, en cambio, no se atreven a reconocer los dones recibidos y pecan así contra el deber de gratitud. Francisco de Sales denuncia «cierta falsa y tonta humildad que impide descubrir el bien que hay en ellos». Están equivocados, porque «los bienes que Dios ha puesto en nosotros deben ser reconocidos, estimados y honrados sinceramente».

El primer prójimo que debo respetar y amar, parece querer decir el obispo de Ginebra, es el propio yo. El verdadero amor hacia mí mismo y el respeto debido me exigen que tienda a la perfección y que me corrija, si es necesario, pero dulcemente, razonablemente y «siguiendo el camino de la compasión» más que el de la ira y el furor.

Existe, de hecho, un amor a uno mismo no solo legítimo, sino también beneficioso y mandado: «La caridad bien ordenada comienza por uno mismo» –dice el proverbio– y refleja bien el pensamiento de Francisco de Sales, pero con la condición de no confundir el amor a uno mismo con el amor propio. El amor a uno mismo es bueno, y Filotea está invitada a interrogarse sobre la manera en que se ama a sí misma:

¿Mantienes un buen orden en el amor hacia ti misma? Porque solo el amor desordenado hacia nosotros mismos puede llevarnos a la ruina. Ahora bien, el amor ordenado quiere que amemos el alma más que el cuerpo, que busquemos procurarnos las virtudes más que cualquier otra cosa.

En cambio, el amor propio es un amor egoísta, «narcisista», hinchado de sí mismo, celoso de su propia belleza y preocupado únicamente por su propio interés: «Narciso –dicen los profanos– era un joven tan desdeñoso que no quería ofrecer su amor a nadie más; y finalmente, contemplándose en una fuente clara fue totalmente cautivado por su belleza».

El «respeto debido a las personas»

Si se respeta a uno mismo, se estará más preparado y dispuesto

a respetar a los demás. El hecho de ser «imagen y semejanza de Dios» tiene como corolario la afirmación de que «todos los seres humanos gozan de la misma dignidad». Francisco de Sales, aunque vivía en una sociedad marcada por el antiguo régimen, fuertemente desigual, promovió un pensamiento y una práctica caracterizados por el «respeto debido a las personas».

Hay que empezar por los niños. La madre de san Bernardo –dice el autor de la Filotea– amaba a sus hijos recién nacidos «con respeto como una cosa sagrada que Dios le había confiado». Una reprimenda muy grave dirigida por el obispo de Ginebra a los paganos concernía su desprecio por la vida de seres indefensos. El respeto al niño que está por nacer emerge en este pasaje de una carta, redactada según la retórica barroca de la época, dirigida por Francisco de Sales a una mujer embarazada. La anima explicándole que el niño que se está formando en sus entrañas no es solo «una imagen viva de la divina Majestad», sino también la imagen de su madre. Recomienda a otra mujer:

Ofrezcan a menudo a la gloria eterna de su Creador a la criatura cuya formación quiso encomendarles como su cooperadora.

Otro aspecto del respeto debido a los demás se refiere al tema de la libertad. El descubrimiento de nuevas tierras tuvo, como consecuencia nefasta, el resurgimiento de la esclavitud, que recordaba las prácticas de los antiguos romanos en tiempos del paganismo. La venta de seres humanos los degradaba al rango de bestias:

Un día, Marcantonio compró a un mercader dos jovencitos; entonces, como todavía ocurre hoy en alguna región, se vendían niños; había hombres que los conseguían y luego los traficaban como se hace con los caballos en nuestros países.

El respeto a los demás está continuamente amenazado de forma más sutil por la maledicencia y la calumnia. Francisco de Sales insiste mucho en los «pecados de lengua». Un capítulo de

la Filotea que trata explícitamente este tema se titula La honestidad en las palabras y el respeto que se debe a las personas. Arruinar la reputación de alguien es cometer un «asesinato espiritual»; es quitar «la vida civil» a quien se habla mal. Asimismo, «al condenar el vicio», se procurará ahorrar lo más posible «a la persona implicada en él».

Ciertas categorías de personas son fácilmente denigradas o despreciadas. Francisco de Sales defiende la dignidad de la gente del pueblo basándose en el Evangelio: «San Pedro –comenta– era un hombre rudo, tosco, un viejo pescador, un artesano de baja condición; san Juan, en cambio, era un caballero, dulce, amable, sabio; san Pedro, en cambio, ignorante». Pues bien, fue san Pedro quien fue elegido para guiar a los demás y para ser el «superior universal».

Proclama la dignidad de los enfermos, diciendo que «las almas que están en la cruz son declaradas reinas». Denunciando la «crueldad hacia los pobres» y exaltando la «dignidad de los pobres», justifica y precisa la actitud que se debe tener hacia ellos, explicando «cómo debemos honrarlos y por tanto visitarlos como representantes de Nuestro Señor». Nadie es inútil, nadie es insignificante: «No hay en el mundo objeto que no pueda ser útil para algo; pero hay que saber encontrar su uso y lugar».

El «uno-diferente» salesiano

El problema que siempre ha atormentado a las sociedades humanas es cómo conciliar la dignidad y la libertad de cada individuo con las de los demás. Recibió de Francisco de Sales una aclaración original gracias a la invención de una nueva palabra. De hecho, dado que el universo está formado por «todas las cosas creadas, visibles e invisibles» y que «su diversidad se reconduce a la unidad», el obispo de Ginebra propuso llamarlo «uno-diferente», es decir, «único y diferente, único con diversidad y diferente con unidad».

Para él, cada ser es único. Las personas son como las perlas de las que habla Plinio: «son tan únicas, cada una en su cualidad, que nunca se encuentran dos perfectamente iguales».

Es significativo que sus dos obras principales, la Introducción a la vida devota y el Tratado del amor de Dios, estén dirigidas a una persona singular, Filotea y Teotimo. ¡Qué variedad y diversidad entre los seres! «Sin duda, como vemos que nunca se encuentran dos hombres perfectamente iguales en los dones de la naturaleza, tampoco se encuentran dos perfectamente iguales en los dones sobrenaturales». La variedad le encantaba también desde un punto de vista puramente estético, pero temía una curiosidad indiscreta sobre sus causas:

Si alguien se preguntara por qué Dios hizo las sandías más grandes que las fresas, o los lirios más grandes que las violetas; por qué el romero no es una rosa o por qué el clavel no es una caléndula; por qué el pavo real es más bello que un murciélago, o por qué el higo es dulce y el limón agrio, se reirían de sus preguntas y le dirían: pobre hombre, como la belleza del mundo requiere variedad, es necesario que en las cosas haya perfecciones diferentes y diferenciadas y que una no sea la otra; por eso unas son pequeñas, otras grandes, unas agrias, otras dulces, unas más bellas, otras menos. [...] Todas tienen su mérito, su gracia, su esplendor, y todas, vistas en conjunto en su variedad, constituyen un maravilloso espectáculo de belleza.

La diversidad no obstaculiza la unidad, al contrario, la enriquece y embellece aún más. Cada flor tiene sus características que la distinguen de todas las demás: «No es propio de las rosas ser blancas, me parece, porque las rojas son más bellas y tienen un mejor perfume, que sin embargo es propio del lirio». Ciertamente, Francisco de Sales no soporta la confusión y el desorden, pero es igualmente enemigo de la uniformidad. La diversidad de los seres puede conducir a la dispersión y a la ruptura de la comunión, pero si hay amor, «vínculo de la perfección», nada se pierde, al contrario, la diversidad se exalta con la unión.

En Francisco de Sales hay sin duda una cultura real del

individuo, pero esta nunca es un cierre al grupo, a la comunidad o a la sociedad. Él ve espontáneamente al individuo inserto en un contexto o «estado» de vida, que marca notablemente la identidad y pertenencia de cada uno. No será posible fijar un programa o proyecto igual para todos, por el simple hecho de que se aplicará y realizará de manera diferente «para el caballero, para el artesano, para el criado, para el príncipe, para la viuda, para la joven, para la casada»; además hay que adaptarlo «a las fuerzas y deberes de cada uno en particular». El obispo de Ginebra ve la sociedad repartida en espacios vitales caracterizados por la pertenencia social y la solidaridad de grupo, como cuando trata «de la compañía de soldados, del taller de artesanos, de la corte de los príncipes, de la familia de gente casada».

El amor personaliza y, por tanto, individualiza. El afecto que une a una persona con otra es único, como demuestra Francisco de Sales en su relación con la señora de Chantal: «Cada afecto tiene su peculiaridad que lo diferencia de los demás; el que siento por usted posee cierta particularidad que me consuela infinitamente y, para decirlo todo, para mí es sumamente fructífero». El sol ilumina a todos y a cada uno: «al iluminar un rincón de la tierra, no lo ilumina menos que si no brillara en otro lugar, sino solo en ese rincón».

El ser humano está en devenir

Humanista cristiano, Francisco de Sales cree finalmente en la posibilidad que tiene la persona humana de perfeccionarse. Erasmo había forjado la fórmula: *Homines non nascuntur sed finguntur*. Mientras el animal es un ser predeterminado, guiado por el instinto, el hombre, en cambio, está en perpetua evolución. No solo cambia, sino que puede cambiarse a sí mismo, tanto para bien como para mal.

Lo que preocupaba enteramente al autor del *Teotimo* era perfeccionarse a sí mismo y ayudar a los demás a perfeccionarse, y no solo en el ámbito religioso, sino en todo. Desde el nacimiento hasta la tumba, el hombre está en situación de aprendiz. Imitamos al cocodrilo que «nunca deja

de crecer mientras vive». De hecho, «permanecer mucho tiempo en un mismo estado no es posible: quien no avanza, retrocede en este tráfico; quien no sube, baja en esta escala; quien no vence es vencido en esta lucha». Cita a san Bernardo que decía: «Está escrito especialmente para el hombre que nunca estará en el mismo estado: debe avanzar o retroceder». Sigamos adelante:

¿No sabes que estás en camino y que el camino no es para sentarse, sino para avanzar? Y está hecho para avanzar tanto que moverse hacia adelante se llama caminar.

Esto también significa que la persona humana es educable, capaz de aprender, corregirse y mejorarse. Y esto es cierto a todos los niveles. La edad a veces no tiene nada que ver. Miren a estos niños cantores de la catedral, que superan con mucho las capacidades de su obispo en este ámbito: «Admiro a estos niños –decía– que apenas saben hablar y que ya cantan su parte; comprenden todos los signos y reglas musicales, mientras que yo no sabría cómo arreglármelas, yo que soy un hombre hecho y que quisiera hacerse pasar por un gran personaje». Nadie en este mundo es perfecto:

Hay personas de naturaleza ligera, otras groseras, otras muy reacias a escuchar opiniones ajenas, y otras finalmente propensas a la indignación, otras a la ira y otras al amor; en resumen, encontramos muy pocas personas en las que no sea posible descubrir una u otra de tales imperfecciones.

¿Debemos entonces desesperar de poder mejorar nuestro temperamento, corrigiendo alguna de nuestras inclinaciones naturales? En absoluto.

Por mucho que, de hecho, sean en cada uno de nosotros propias y naturales, si con la aplicación a un apego contrario se pueden corregir y regular, e incluso uno puede liberarse y purificarse, entonces, les digo Filotea, que hay que hacerlo. Incluso se ha encontrado la manera de hacer dulces los

almendros amargos: basta con perforarlos en la base y hacer salir el jugo; ¿por qué no podríamos entonces hacer salir nuestras inclinaciones perversas para así ser mejores?

De aquí la conclusión optimista pero exigente: «No hay naturaleza buena que no pueda volverse mala mediante hábitos viciosos; no hay naturaleza tan perversa que no pueda, primero con la gracia de Dios y luego con el esfuerzo industrioso y la diligencia, domarse y vencer». Si el hombre es educable, no debemos desesperar de nadie y debemos cuidarnos de los prejuicios hacia las personas:

No digan: fulano es un borracho, aunque lo hayan visto ebrio; es un adúltero, por haberlo visto pecar; es un incestuoso, por haberlo sorprendido en esa desgracia; porque un solo acto no basta para dar nombre a la cosa. [...] Y aunque un hombre haya sido vicioso durante mucho tiempo, se correría el riesgo de mentir llamándolo vicioso.

La persona humana nunca termina de cultivar su jardín. Es la lección que el fundador de las visitandinas les inculcaba cuando las llamaba «a cultivar la tierra y el jardín» de sus corazones y espíritus, porque no existe «hombre tan perfecto que no necesite esforzarse tanto para crecer en la perfección como para conservarla».

La educación femenina con San Francisco de Sales

El pensamiento educativo de San Francisco de Sales revela una visión profunda e innovadora del papel de la mujer en la Iglesia y en la sociedad de su tiempo. Convencido de que la formación de las mujeres era fundamental para el crecimiento

moral y espiritual de toda la comunidad, el santo obispo de Ginebra promovió una educación equilibrada, respetuosa de la dignidad femenina, pero también atenta a las fragilidades. Con una mirada paternal y realista, supo apreciar y valorar las cualidades de las mujeres, animándolas a cultivar la virtud, la cultura y la devoción. Fundador de la Congregación de la Visitación con Juana de Chantal, defendió con vigor la vocación femenina incluso frente a las críticas y los prejuicios. Su enseñanza sigue ofreciendo ideas actuales sobre la educación, el amor y la libertad en la elección de la propia vida.

Con motivo de su viaje a París en 1619, Francisco de Sales conoció a Adrien Bourdoise, un sacerdote reformador del clero, que le reprochó que se ocupara demasiado de las mujeres. El obispo le respondió con calma que las mujeres eran la mitad del género humano y que, formando buenas cristianas, se tendrían buenos jóvenes, y con buenos jóvenes, buenos sacerdotes. Por otra parte, ¿no les dedicó San Jerónimo mucho tiempo y varios escritos? Francisco de Sales recomienda la lectura de sus cartas a la señora de Chantal, quien encontrará en ellas, entre otras cosas, numerosas indicaciones «para educar a sus hijas». De ello se deduce que, a sus ojos, el papel de las mujeres en el ámbito educativo justificaba el tiempo y la atención que les dedicaba.

Francisco de Sales y las mujeres de su tiempo

«Hay que ayudar al sexo femenino, despreciado», dijo un día el obispo de Ginebra a Jean-François de Blonay. Para comprender las preocupaciones y el pensamiento de Francisco de Sales, conviene situarlo en su época. Hay que decir que algunas de sus afirmaciones parecen aún muy ligadas a la mentalidad corriente. En las mujeres de su época lamentaba «esa ternura femenina consigo mismas», la facilidad «para compadecerse y desear ser compadecidas», una mayor propensión que los hombres «a dar crédito a los sueños, a temer a los espíritus y a ser crédulas y supersticiosas» y,

sobre todo, los «retorcimientos de sus vanidosos pensamientos». Entre los consejos que daba a la señora de Chantal sobre la educación de sus hijas, escribía sin dudar: «Quíteles la vanidad del alma: nace casi al mismo tiempo que el sexo».

Sin embargo, las mujeres están dotadas de grandes cualidades. Escribía a propósito de la señora de La Fléchère, que acababa de perder a su marido: «Si solo tuviera esta oveja perfecta en mi rebaño, no me angustiaría ser pastor de esta afligida diócesis. Después de la señora de Chantal, no sé si he conocido un alma más fuerte en un cuerpo femenino, un espíritu más razonable y una humildad más sincera». Las mujeres no son en absoluto las últimas en la práctica de las virtudes: «¿Acaso no hemos visto a muchos grandes teólogos que han dicho cosas maravillosas sobre las virtudes, pero no para practicarlas, mientras que, por el contrario, hay tantas mujeres santas que no saben hablar de virtudes, pero que sin embargo saben muy bien cómo practicarlas?».

Las mujeres casadas son las más dignas de admiración: «¡Oh, Dios mío! ¡Cuánto agradan a Dios las virtudes de una mujer casada! ¡En efecto, deben ser fuertes y excelentes para poder perseverar en tal vocación!». En la lucha por conservar la castidad, consideraba que «las mujeres a menudo han luchado con más valentía que los hombres».

Fundador de una congregación de mujeres junto con Juana de Chantal, mantuvo una relación constante con las primeras religiosas. Junto a los elogios, comenzaron a llover las críticas. Empujado a estas trincheras, el fundador tuvo que defenderse y defenderlas, no solo como religiosas, sino también como mujeres. En un documento que debía servir de prefacio a las Constituciones de las Visitandinas, encontramos la vena polémica de la que era capaz, dirigiéndose ya no contra los «herejes», sino contra los «censores» maliciosos e ignorantes:

La presunción y la inoportuna arrogancia de muchos hijos de este siglo, que critican ostentosamente todo lo que no es

conforme a su espíritu [...], me ofrece la ocasión, mejor dicho, me obliga a redactar esta Prefacio, queridas hermanas, para armar y defender vuestra santa vocación contra las puntas de sus lenguas pestilentes; para que las almas buenas y piadosas, que sin duda están unidas a vuestro amable y honorable Instituto, encuentren aquí cómo rechazar las flechas lanzadas por la temeridad de estos censores extravagantes e insolentes.

Previendo quizás que tal preámbulo podía perjudicar la causa, el fundador de la Visitación escribió una segunda edición suavizada, con el fin de poner de relieve la igualdad fundamental entre los sexos. Después de citar el Génesis, esta vez hacía el siguiente comentario: «La mujer, pues, no menos que el hombre, tiene la gracia de haber sido hecha a imagen de Dios; igual honor en ambos sexos; sus virtudes son iguales».

La educación de las hijas

El enemigo del amor verdadero es la «vanidad». Este era el defecto que Francisco de Sales, al igual que los moralistas y pedagogos de su época, más temía en la educación de las jóvenes. Señala varias manifestaciones. Mirad «estas señoritas de la alta sociedad, que, habiéndose bien colocado, van por ahí hinchadas de orgullo y vanidad, con la cabeza alta, los ojos abiertos, ansiosas de ser notadas por los mundanos».

El obispo de Ginebra se divierte un poco burlándose de estas «chicas de sociedad», que «llevan sombreros esparcidos y empolvados», con la cabeza «herrada como se herran las pezuñas de los caballos», todas «empolladas y adornadas con flores como no se puede decir» y «cargadas de adornos». Hay quienes «llevan vestidos que les aprietan y les molestan mucho, y esto para que se vea que son delgadas»; he aquí una verdadera «locura que las incapacita para hacer nada».

¿Qué pensar entonces de ciertas bellezas

artificiales convertidas en «*boutiques* de vanidad»? Francisco de Sales prefiere un «rostro limpio y claro», desea «que no haya nada afectado, porque todo lo que está embellecido desagrada». ¿Hay que condenar entonces todo «artificio»? Admite de buen grado que «en caso de algún defecto de la naturaleza, hay que corregirlo de manera que se vea la corrección, pero despojado de todo artificio».

¿Y el perfume? Se preguntaba el predicador hablando de Magdalena. «Es algo excelente –responde–; incluso quien lo lleva percibe algo excelente»; y añade, como buen conocedor, que «el almizcle de España goza de gran estima en el mundo». En el capítulo sobre la «decencia en el vestido», permite que las jóvenes tengan vestidos con adornos variados, «porque pueden desear libremente ser agradables a muchos, pero con el único fin de ganarse a un joven con vistas a un santo matrimonio». Concluía con esta indulgente observación: «¿Qué queréis? Es conveniente que las señoritas sean un poco guapas».

Cabe añadir que la lectura de la Biblia le había preparado para no ponerse duro ante la belleza femenina. En el amante del *Cantar de los Cantares*, admiraba «la notable belleza de su rostro, semejante a un *ramo* de flores». Describe a Jacob, que al encontrar a Raquel junto al pozo, «derramó lágrimas de alegría al ver a una virgen que le gustaba y le encantaba por la gracia de su rostro». También le gustaba contar la historia de santa Brígida, nacida en Escocia, un país donde se admiran «las criaturas más bellas que se pueden ver»; era «una joven sumamente atractiva», pero su belleza era «natural», precisa nuestro autor.

El ideal de belleza salesiana se llama «buena gracia», que designa no solo «la perfecta armonía de las partes que hace que algo sea bello», sino también la «gracia de los movimientos, los gestos y las acciones, que es como el alma de la vida y de la belleza», es decir, la bondad de corazón. La gracia exige «sencillez y modestia». Ahora bien, la gracia es una perfección que proviene del interior de la persona. Es la belleza unida a la gracia lo que hace de Rebeca

el ideal femenino de la Biblia: era «tan hermosa y graciosa junto al pozo donde sacaba agua para dar de beber al rebaño», y su «bondad familiar» la inspiró, además, a dar de beber no solo a los siervos de Abraham, sino también a sus camellos.

Educación y preparación para la vida

En la época de San Francisco de Sales, las mujeres tenían pocas posibilidades de acceder a los estudios superiores. Las niñas aprendían lo que oían de sus hermanos y, cuando la familia tenía la posibilidad, asistían a un convento. La lectura era sin duda más frecuente que la escritura. Los colegios estaban reservados a los niños, por lo que aprender latín, la lengua de la cultura, estaba prácticamente prohibido a las niñas.

Hay que creer que Francisco de Sales no se oponía a que las mujeres se convirtieran en personas cultas, pero con la condición de que no cayeran en la pedantería y la vanidad. Admiraba a santa Catalina, que era «muy erudita, pero humilde en tanta ciencia». Entre las interlocutoras del obispo de Ginebra, la señora de La Fléchère había estudiado latín, italiano, español y bellas artes, pero era una excepción.

Para encontrar un lugar en la vida, tanto en el ámbito social como en el religioso, las jóvenes a menudo necesitaban una ayuda especial en un momento dado. Georges Rolland relata que el obispo se ocupó personalmente de varios casos difíciles. Una mujer de Ginebra, con tres hijas, fue generosamente ayudada por el obispo, «con dinero y créditos»; «colocó a una de sus hijas como aprendiz en casa de una honorable señora de la ciudad, pagándole la pensión durante seis años, en grano y en dinero». También donó 500 florines para la boda de la hija de un impresor de Ginebra.

La intolerancia religiosa de la época provocaba a veces dramas, a los que Francisco de Sales trataba de poner remedio. Marie-Judith Gilbert, educada en París por sus padres en los «errores de Calvino», descubrió a los diecinueve años el libro de la *Filotea*, que solo se atrevía a leer en secreto. Sintió simpatía por el autor, del que había

oído hablar. Vigilada de cerca por su padre y su madre, consiguió que la sacaran en carruaje, se instruyó en la religión católica y entró en las hermanas de la Visitación.

El papel social de las mujeres seguía siendo bastante limitado. Francisco de Sales no era del todo contrario a la intervención de las mujeres en la vida pública. Escribía en estos términos, por ejemplo, a una mujer que intervenía en la vida pública, a propósito y fuera de lugar:

Vuestro sexo y vuestra vocación os permiten reprimir el mal externo, pero solo si está inspirado por el bien y se lleva a cabo con reprimendas sencillas, humildes y caritativas hacia los transgresores, advirtiéndolo a los superiores en la medida de lo posible.

Por otra parte, es significativo que una contemporánea de Francisco de Sales, la señorita de Gournay, una feminista *ante litteram*, intelectual y autora de textos polémicos como su tratado *La igualdad de los hombres y las mujeres* y *La queja de las mujeres*, le manifestara una gran admiración. Esta se empeñó durante toda su vida en demostrar esta igualdad, recopilando todos los testimonios posibles al respecto, sin olvidar el del «buen y santo obispo de Ginebra».

Educación para el amor

Francisco de Sales habló mucho del amor de Dios, pero también prestó mucha atención a las manifestaciones del amor humano. Para él, de hecho, el amor es uno, aunque su «objeto» sea diferente y desigual. Para explicar el amor de Dios, no supo hacerlo mejor que partiendo del amor humano.

El amor nace de la contemplación de la belleza, y la belleza se percibe con los sentidos, sobre todo con los ojos. Se establece un fenómeno interactivo entre la mirada y la belleza: «Contemplar la belleza nos hace amarla, y el amor nos hace contemplarla». El olfato reacciona de la misma manera; de hecho, «los perfumes ejercen su único poder de atracción con su dulzura».

Tras la intervención de los sentidos externos, intervienen los sentidos internos, la fantasía y la imaginación, que exaltan y transfiguran la realidad: «En virtud de este movimiento recíproco del amor hacia la vista y de la vista hacia el amor, del mismo modo que el amor hace más resplandeciente la belleza de la cosa amada, así la vista de la cosa amada hace que el amor sea más enamorado y placentero». Se comprende entonces por qué «los que han pintado a Cupido le han vendado los ojos, afirmando que el amor es ciego». En este punto surge el amor-pasión: este hace «buscar el diálogo, y el diálogo a menudo alimenta y aumenta el amor»; además, «desea el secreto, y cuando los enamorados no tienen ningún secreto que decirse, a veces se complacen en decírselo en secreto»; y, por último, induce a «pronunciar palabras que, sin duda, serían ridículas si no brotaran de un corazón apasionado».

Ahora bien, este amor-pasión, que tal vez se reduzca solo a «amorcitos», a «galanterías», está expuesto a diversas vicisitudes, hasta tal punto que induce al autor de la *Filotea* a intervenir con una serie de consideraciones y advertencias sobre «las amistades frívolas que se establecen entre personas de distinto sexo y sin intención de casarse». A menudo no son más que «abortos o, mejor dicho, apariencias de amistad».

Francisco de Sales también se pronunció sobre el tema de los besos, preguntándose, por ejemplo, junto con los antiguos comentaristas, por qué Raquel había permitido que Jacob la abrazara. Explica que hay dos tipos de besos: uno malo y otro bueno. Los besos que se intercambian fácilmente los jóvenes y que al principio no son malos, pueden llegar a serlo más adelante debido a la fragilidad humana. Pero el beso también puede ser bueno. En determinados lugares, es lo que dicta la costumbre. «Nuestro Jacobo abraza muy inocentemente a su Raquel; Raquel acepta este beso de cortesía por parte de este hombre de buen carácter y rostro limpio». «¡Oh! —concluía Francisco de Sales—, dadme personas que tengan la inocencia de Jacob y Raquel y les permitiré besarse».

En la cuestión del baile, también muy actual, el obispo de Ginebra evitaba las órdenes absolutas, como hacían los rigoristas de la época, tanto católicos como protestantes, mostrándose, sin embargo, muy prudente. Se le reprochó incluso con dureza haber escrito que «las danzas y los bailes en sí mismos son cosas indiferentes». Al igual que ciertos juegos, también se vuelven peligrosos cuando se adquiere tal afición por ellos que ya no se puede prescindir de ellos: el baile «debe hacerse por diversión y no por pasión; durante poco tiempo y sin cansarse ni aturdirse». Lo más peligroso es que estos pasatiempos se convierten a menudo en ocasiones que provocan «disputas, envidias, burlas, amoríos».

La elección de la forma de vida

Cuando la hija crece, llega «el día en que hay que hablar con ella, me refiero a una palabra decisiva, aquella en la que se dice a las jóvenes que se quiere casarlas». Hombre de su tiempo, Francisco de Sales compartía en gran medida la idea de que los padres tenían una importante tarea en la determinación de la vocación de los hijos, tanto para el matrimonio como para la vida religiosa. «Por lo general, uno no elige a su príncipe o a su obispo, a su padre o a su madre, y a menudo tampoco a su marido», constataba el autor de la *Filotea*. Sin embargo, afirma claramente que «las hijas no pueden ser entregadas en matrimonio mientras ellas digan que no».

La práctica habitual se explica bien en este pasaje de la *Filotea*: «Para que un matrimonio sea verdadero, son necesarias tres cosas con respecto a la joven que se quiere entregar en matrimonio: en primer lugar, que se le haga la propuesta; en segundo lugar, que ella la acepte; en tercer lugar, que ella dé su consentimiento». Dado que las chicas se casaban muy jóvenes, no es de extrañar su inmadurez afectiva. «Las chicas que se casan muy jóvenes aman realmente a sus maridos, si los tienen, pero no dejan de amar también los

anillos, las joyas y las amigas con las que se divierten mucho jugando, bailando y haciendo locuras».

El problema de la libertad de elección se planteaba igualmente para los niños que se destinaban a la vida religiosa. Franceschetta, hija de la baronesa de Chantal, debía ser ingresada en un convento por su madre, que deseaba verla religiosa, pero el obispo intervino: «Si Franceschetta quiere ser religiosa de buen grado, bien; en caso contrario, no apruebo que se anticipe su voluntad con decisiones que no son suyas». Por otra parte, no sería conveniente que la lectura de las cartas de san Jerónimo orientara demasiado a la madre hacia la severidad y la coacción. Por lo tanto, le aconseja «moderación» y proceder con «inspiraciones suaves».

Algunas jóvenes dudan ante la vida religiosa y el matrimonio, sin llegar nunca a decidirse. Francisco de Sales animó a la futura señora de Longecombe a dar el paso del matrimonio, que él mismo quiso celebrar. Hizo esta buena obra, dirá más tarde el marido, a la pregunta de su esposa «que deseaba casarse por las manos del obispo y que, sin su presencia, nunca habría podido dar este paso, debido a la gran aversión que sentía hacia el matrimonio».

Las mujeres y la «devoción»

Alejado de todo feminismo *ante litteram*, Francisco de Sales era consciente de la excepcional aportación de la feminidad en el plano espiritual. Se ha señalado que, al favorecer la devoción en las mujeres, el autor de la *Filotea* favoreció, al mismo tiempo, la posibilidad de una mayor autonomía, una «vida privada femenina».

No es de extrañar que las mujeres tengan una disposición especial para la «devoción». Tras enumerar a varios doctores y expertos, podía escribir en el prefacio de *Teotimo*: «Pero para que se sepa que este tipo de escritos se redactan mejor con la devoción de los enamorados que con la doctrina de los sabios, el Espíritu Santo ha hecho que numerosas mujeres hayan realizado maravillas al respecto. ¿Quién ha manifestado mejor las celestiales pasiones del amor

divino que santa Catalina de Génova, santa Ángela de Foligno, santa Catalina de Siena, santa Matilde?». Es conocida la influencia de la madre de Chantal en la redacción del *Teotimo*, y en particular del libro noveno, «vuestro libro noveno del *Amor de Dios*», según la expresión del autor.

¿Podían las mujeres inmiscuirse en cuestiones religiosas? «He aquí, pues, esta mujer que hace de teóloga», dice Francisco de Sales hablando de la samaritana del Evangelio. ¿Hay que ver necesariamente en ello una desaprobación hacia las teólogas? No es seguro. Tanto más cuanto que afirma con fuerza: «Os digo que una mujer sencilla y pobre puede amar a Dios tanto como un doctor en teología». La superioridad no siempre reside donde uno cree.

Hay mujeres superiores a los hombres, empezando por la Santísima Virgen. Francisco de Sales respeta siempre el principio del orden establecido por las leyes religiosas y civiles de su tiempo, a las que predica la obediencia, pero su práctica da testimonio de una gran libertad de espíritu. Así, para el gobierno de los monasterios femeninos, consideraba que era mejor para ellas estar bajo la jurisdicción del obispo que depender de sus hermanos religiosos, que corrían el riesgo de ejercer una influencia excesiva sobre ellas.

Las visitandinas, por su parte, no dependerán de ninguna orden masculina y no tendrán ningún gobierno central, ya que cada monasterio estará bajo la jurisdicción del obispo del lugar. Se atrevió a calificar con el inesperado título de «apóstoles» a las hermanas de la Visitación que partían para una nueva fundación.

Si interpretamos correctamente el pensamiento del obispo de Ginebra, la misión eclesial de las mujeres consiste en anunciar no la palabra de Dios, sino «la gloria de Dios» con la belleza de su testimonio. Los cielos, reza el salmista, narran la gloria de Dios solo con su esplendor. «La belleza del cielo y del firmamento invita a los hombres a admirar la grandeza del Creador y a anunciar sus maravillas»; y «¿no es acaso una maravilla mayor ver un alma adornada con

muchas virtudes que un cielo cubierto de estrellas?».

José Augusto Arribat: un Justo entre las Naciones

1. Perfil biográfico

El Venerable José Augusto Arribat nació el 17 de diciembre de 1879 en Trédou (Rouergue – Francia). La pobreza de su familia obligó al joven Augusto a comenzar los estudios secundarios en el oratorio salesiano de Marsella recién a la edad de 18 años. Debido a la situación política del cambio de siglo, comenzó la vida salesiana en Italia y recibió la sotana de manos del Beato Miguel Rua. De vuelta a Francia comenzó, como todos sus hermanos, la vida salesiana en un estado de semiclandestinidad, primero en Marsella y luego en La Navarre, fundada por Don Bosco en 1878.

Ordenado sacerdote en 1912, fue llamado a filas durante la Primera Guerra Mundial y trabajó como enfermero camillero. Tras la guerra, el P. Arribat continuó trabajando intensamente en La Navarre hasta 1926, tras lo cual se trasladó a Niza, donde permaneció hasta 1931. Regresó a La Navarre como director y al mismo tiempo encargado de la parroquia de San Isidro, en el valle de Sauvebonne. Sus feligreses le llamaban “el santo del valle”.

Al final de su tercer año, fue enviado a Morges, en el cantón de Vaud (Suiza). Después recibió tres mandatos sucesivos de seis años cada uno, primero en Millau, luego en Villemur y finalmente en Thonon, en la diócesis de Annecy. Su periodo más peligroso y lleno de gracia fue probablemente su destino en Villemur durante la Segunda Guerra Mundial. De regreso a La Navarre en 1953, el P. Arribat permaneció allí hasta su muerte, el 19 de marzo de 1963.

2. Profundamente hombre de Dios

Hombre del deber cotidiano, nada era secundario para él, y todos sabían que se levantaba muy temprano para limpiar los aseos de los alumnos y el patio. Habiéndose convertido en director de la casa salesiana, y queriendo cumplir su deber hasta el final y a la perfección, por respeto y amor a los demás, a menudo terminaba sus jornadas muy tarde, acortando sus horas de descanso. Por otra parte, estaba siempre disponible, acogedor con todos, sabiendo adaptarse a todos, ya fueran bienhechores y grandes propietarios, o empleados de la casa, manteniendo una preocupación permanente por los novicios y hermanos, y especialmente por los jóvenes que le habían sido confiados.

Este don total de sí mismo se manifestó hasta el heroísmo. Durante la Segunda Guerra Mundial no dudó en acoger a familias y jóvenes judíos, exponiéndose al grave riesgo de indiscreción o denuncia. Treinta y tres años después de su muerte, quienes fueron testigos directos de su heroísmo reconocieron el valor de su valentía y el sacrificio de su vida. Su nombre está inscrito en Jerusalén, donde fue reconocido oficialmente como "Justo entre las Naciones".

Fue reconocido por todos como un verdadero hombre de Dios, que hizo "todo por amor, y nada por la fuerza", como solía decir San Francisco de Sales. He aquí el secreto de una irradiación, de cuyo alcance tal vez él mismo no se dio cuenta.

Todos los testigos constataron la fe viva de este siervo de Dios, hombre de oración, sin ostentación. Su fe era la fe radiante de un hombre siempre unido a Dios, un verdadero hombre de Dios, y en particular un hombre de la Eucaristía.

Cuando celebraba la Misa o cuando rezaba, emanaba de su persona una especie de fervor que no podía pasar desapercibido. Un hermano declaró que "al verle hacer su gran señal de la cruz, todos sentían un oportuno recuerdo de la presencia de Dios. Su recogimiento en el altar era impresionante". Otro salesiano recuerda que "hacía sus genuflexiones a la perfección con una valentía, una expresión

de adoración que llevaba a la devoción". El mismo añade: "Fortaleció mi fe".

Su visión de la fe brillaba en el confesionario y en las conversaciones espirituales. Comunicaba su fe. Hombre de esperanza, confiaba en Dios y en su Providencia en todo momento, manteniendo la calma en la tormenta y difundiendo una sensación de paz por doquier.

Esta profunda fe se afinó aún más en él durante los últimos diez años de su vida. Ya no tenía responsabilidades ni podía leer con facilidad. Sólo vivía de lo esencial y daba testimonio de ello con sencillez acogiendo a todos aquellos que sabían bien que su escasa visión no le impedía ver con claridad en sus corazones. Al fondo de la capilla, su confesionario era un lugar asediado por jóvenes y vecinos del valle.

3. "No he venido para que me sirvan..."

La imagen que los testigos han conservado del padre Augusto es la del servidor del Evangelio, pero en el sentido más humilde. Barrer el patio, limpiar los aseos de los alumnos, lavar los platos, cuidar y velar por los enfermos, palear el jardín, rastrillar el parque, decorar la capilla, atar los zapatos de los niños, peinarlos, nada le repugnaba y era imposible apartarle de estos humildes ejercicios de caridad. El "buen padre" Arribat, era más generoso con hechos concretos que con palabras: cedía de buen grado su habitación al visitante ocasional, que se arriesgaba a ser alojado con menos comodidad que él. Su disponibilidad era permanente, en todo momento. Su preocupación por la limpieza y la pobreza digna no le dejaban tranquilo, pues la casa tenía que ser acogedora. Hombre de fácil contacto, aprovechaba sus largas marchas para saludar a todo el mundo y dialogar, incluso con los "traga-sacerdotes".

El P. Arribat vivió más de treinta años en Navarre, en la casa que el propio Don Bosco quiso poner bajo la protección de San José, cabeza y servidor de la Sagrada

Familia, modelo de fe en el ocultamiento y la discreción. En su solicitud por las necesidades materiales de la casa y por su cercanía a todas las personas dedicadas al trabajo manual, campesinos, jardineros, obreros, empleados, gente de cocina o lavandería, este sacerdote hacía pensar en San José, cuyo nombre también llevaba. ¿Acaso no murió el 19 de marzo, fiesta de San José?

4. Un auténtico educador salesiano

“La Providencia me ha confiado de manera especial el cuidado de los niños”, decía para resumir su vocación específica de salesiano, discípulo de Don Bosco, al servicio de los jóvenes, especialmente de los más necesitados.

El P. Arribat no tenía ninguna de las cualidades particulares que se imponen fácilmente a los jóvenes por fuera. No era un gran deportista, ni un intelectual brillante, ni un conferenciante que atrajera multitudes, ni un músico, ni un hombre de teatro o de cine, inada de eso! ¿Cómo explicar la influencia que ejercía sobre los jóvenes? Su secreto no era otro que lo que había aprendido de Don Bosco, que conquistó su pequeño mundo con tres cosas consideradas fundamentales en la educación de la juventud: la razón, la religión y la bondad. Como “padre y maestro de la juventud” sabía hablar el lenguaje de la razón con los jóvenes, motivar, explicar, persuadir, convencer a sus alumnos, evitando los impulsos de la pasión y la ira. Colocó la religión en el centro de su vida y de su acción, no en el sentido de imposición forzada, sino en el testimonio luminoso de su relación con Dios, Jesús y María. En cuanto a la bondad amorosa, con la que se ganaba el corazón de los jóvenes, conviene recordar sobre el siervo de Dios lo que decía San Francisco de Sales: “Se cazan más moscas con una cucharada de miel que con un barril de vinagre”.

Especialmente autorizado es el testimonio del P. Pietro Ricaldone, futuro sucesor de Don Bosco, que escribió tras su visita canónica en 1923-1924: “¡El P. Arribat Augusto es catequista, confesor y lee los votos de conducta! Es un

santo hermano. Sólo su bondad puede hacer menos incompatibles sus diferentes deberes". Luego repite sus elogios: "Es un excelente hermano, sin demasiada salud. Por sus buenos modales goza de la confianza de los jóvenes mayores, que casi todos acuden a él".

Una cosa que llamaba la atención era el respeto casi ceremonioso que mostraba a todo el mundo, pero especialmente a los niños. A un pequeño de ocho años le llamaba "Monseñor". Una señora declaró: "Respetaba tanto al otro que éste se veía casi obligado a elevarse a la dignidad que le correspondía como hijo de Dios, y todo ello sin hablar siquiera de religión".

De rostro abierto y sonriente, este hijo de San Francisco de Sales y Don Bosco no molestaba a nadie. Si la delgadez de su persona y su ascetismo recordaban al santo Cura de Ars y a Don Rua, su sonrisa y su dulzura eran típicamente salesianas. Como dijo un testigo: "Era el hombre más natural del mundo, lleno de humor, espontáneo en sus reacciones, joven de corazón".

Sus palabras, que no eran las de un gran orador, eran eficaces porque emanaban de la sencillez y el fervor de su alma.

Uno de sus antiguos alumnos testimoniaba: "En nuestras cabezas de niños, en nuestras conversaciones de infancia, después de oír los relatos de la vida de Juan María Vianney, solíamos representarnos al P. Arribat como si fuera para nosotros el Santo Cura de Ars. Las horas de catecismo, presentadas en un lenguaje sencillo pero verdadero, eran seguidas con gran atención. Durante la misa, los bancos del fondo de la capilla estaban siempre llenos. Teníamos la impresión de encontrarnos con Dios en su bondad y esto marcó nuestra juventud".

5. ¿Don Arribat ecologista?

He aquí un rasgo original para completar el cuadro de esta figura aparentemente ordinaria. Se le consideraba casi

un ecologista antes de que este término se generalizara. Pequeño agricultor, había aprendido a amar y respetar profundamente la naturaleza. Sus composiciones juveniles están llenas de frescura y observaciones muy finas, con un toque de poesía. Compartió espontáneamente el trabajo de este mundo rural, donde vivió gran parte de su larga vida.

Hablando de su amor por los animales, cuántas veces se le vio “al buen padre, con una caja bajo el brazo, llena de migas de pan, haciendo laboriosamente el camino del refectorio a sus palomas con pasitos muy dolorosos”. Hecho increíble para los que no vieron, dice la persona que presencié la escena, las palomas, en cuanto le vieron, se adelantaron hacia la reja como para darle la bienvenida. Abrió la jaula e inmediatamente vinieron hacia él, algunas de pie sobre sus hombros. “Les hablaba con expresiones que no recuerdo, era como si las conociera a todas. Cuando un niño le trajo una cría de gorrión que había sacado del nido, le dijo: “Debes darle la libertad”. También se cuenta la historia de un perro lobo bastante feroz, que sólo él fue capaz de domesticar, y que llegó a yacer junto a su ataúd tras su muerte.

El rápido perfil espiritual de Don Augusto Arribat nos ha dado algunos rasgos espirituales de los rostros de los santos a los que se sentía cercano: la bondad amorosa de Don Bosco, el ascetismo de Don Rua, la dulzura de San Francisco de Sales, la piedad sacerdotal del santo Cura de Ars, el amor a la naturaleza de San Francisco de Asís y el trabajo constante y fiel de San José.

Educación del corazón humano con san Francisco de Sales

San Francisco de Sales pone en el centro de la formación humana el corazón, sede de la voluntad, el amor y la libertad. Partiendo de la tradición bíblica y dialogando con la filosofía y la ciencia de su tiempo, el obispo de Ginebra identifica en la voluntad la "facultad maestra" capaz de gobernar las pasiones y los sentidos, mientras que los afectos – sobre todo el amor – alimentan su dinamismo interior. La educación salesiana busca, por tanto, transformar deseos, elecciones y resoluciones en un camino de dominio propio, donde la dulzura y la firmeza convergen para orientar a toda la persona hacia el bien.

En el centro y en la cima de la persona humana, san Francisco de Sales coloca el corazón, hasta el punto de decir: «Quien conquista el corazón del hombre conquista todo el hombre». En la antropología salesiana no se puede dejar de notar el uso abundante del término y del concepto de *corazón*. Esto sorprende aún más porque en los humanistas de la época, impregnados de lenguajes y pensamientos tomados de la antigüedad, no parece posible descubrir una insistencia particular en este símbolo.

Por un lado, este fenómeno se explica por el uso común y universal del sustantivo *corazón* para designar la interioridad de la persona, especialmente en referencia a su sensibilidad. Por otro lado, Francisco de Sales debe mucho a la tradición bíblica, que considera el corazón como la sede de las facultades más elevadas del hombre, tales como el amor, la voluntad y la inteligencia.

A estas consideraciones se podrían quizás añadir las investigaciones contemporáneas de anatomía relacionadas con el *corazón* y la circulación de la sangre. Lo importante para

nosotros es aclarar el significado que Francisco de Sales atribuía al corazón, partiendo de su visión de la persona humana cuyo centro y cima son la voluntad, el amor y la libertad.

La voluntad, facultad maestra

Con las facultades del espíritu, como el intelecto y la memoria, se permanece en el ámbito del conocer. Ahora se trata de adentrarse en el ámbito del actuar. Como ya habían hecho san Agustín y algunos filósofos como Duns Escoto, Francisco de Sales asigna el primer lugar a la voluntad, probablemente bajo la influencia de sus maestros jesuitas. Es la voluntad la que debe gobernar todas las «potencias» del alma.

Es significativo que el *Teótimo* comience con el capítulo titulado: «Cómo, por la belleza de la naturaleza humana, Dios ha dado a la voluntad el gobierno de todas las facultades del alma». Citando a santo Tomás, Francisco de Sales afirma que el hombre tiene «poder pleno sobre todo tipo de accidentes y acontecimientos» y que «el hombre sabio, es decir, el hombre que sigue la razón, se hará maestro absoluto de los astros». Con el intelecto y la memoria, la voluntad es «el tercer soldado de nuestro espíritu y el más fuerte de todos, porque nada puede sobrepasar el libre querer del hombre; ni siquiera Dios, que lo creó, quiere forzarlo o violentarlo de ninguna manera».

Sin embargo, la voluntad ejerce su autoridad de maneras muy diversas, y la obediencia que se le debe es notablemente variable. Así, algunas de nuestras extremidades, no impedidas para moverse, obedecen a la voluntad sin problema. Abrimos y cerramos la boca, movemos la lengua, las manos, los pies, los ojos a nuestro antojo y tanto como queremos. La voluntad ejerce un poder sobre el funcionamiento de los cinco sentidos, pero es un poder indirecto: para no ver con los ojos, debo apartarlos o cerrarlos; para practicar la abstinencia debo ordenar a las manos que no lleven comida a la boca.

La voluntad puede y debe dominar el apetito sensible con sus doce pasiones. Aunque este tiende a comportarse como «un sujeto rebelde, sedicioso, inquieto», la voluntad a veces puede y debe dominarlo, incluso a costa de una larga lucha. La voluntad tiene poder también sobre las facultades superiores del espíritu, la memoria, el intelecto y la imaginación, porque es ella quien decide aplicar el espíritu a tal objeto y apartarlo de este o aquel pensamiento; pero no puede regularlas y hacerlas obedecer sin dificultad, ya que la imaginación tiene la característica de ser extremadamente «cambiante y voluble».

Pero, ¿cómo funciona la voluntad? La respuesta es relativamente fácil si se refiere al modelo salesiano de la meditación o oración mental, con las tres partes que la componen: las «consideraciones», los «afectos» y las «resoluciones». Las primeras consisten en reflexionar y meditar sobre un bien, una verdad, un valor. Esta reflexión normalmente produce afectos, es decir, grandes deseos de adquirir y poseer ese bien o valor, y estos afectos son capaces de «mover la voluntad». Finalmente, la voluntad, una vez «movidada», produce las «resoluciones».

Los «afectos» que mueven la voluntad

La voluntad, siendo considerada por Francisco de Sales como un «apetito», es una «facultad afectiva». Pero es un apetito racional y no sensible o sensual. El apetito produce movimientos, y mientras los del apetito sensible son ordinariamente llamados «pasiones», los de la voluntad se llaman «afectos», porque «presionan» o «mueven» la voluntad. El autor del *Teótimo* también llama a los primeros «pasiones del cuerpo» y a los segundos «afectos del corazón». Subiendo del ámbito sensible al racional, las doce pasiones del alma se transforman en afectos razonables.

En los diferentes modelos de meditación propuestos en la *Introducción a la vida devota*, el autor invita a Filotea, mediante una serie de expresiones vivas y significativas, a

cultivar todas las formas de afectos voluntarios: el *amor* del bien («volver el corazón hacia», «aficionarse», «abrazar», «apegarse», «unirse»); el *odio* al mal («detestarlo», «romper todo vínculo», «pisotear»); el *deseo* («aspirar», «implorar», «invocar», «suplicar»); la *huida* («despreciar», «separarse», «alejarse», «remover», «abjurar»); la *esperanza* («¡vamos pues! ¡Oh corazón mío!»); la *desesperación* («¡oh! ¡mi indignidad es grande!»); la *alegría* («alegrarse», «complacerse»); la *tristeza* («afligirse», «confundirse», «humillarse»); la *ira* («reprochar», «expulsar», «arrancar»); el *miedo* («temblar», «asustar el alma»); el coraje («animar», «fortalecer»); y finalmente el *triunfo* («exaltar», «glorificar»).

Los estoicos, negadores de las pasiones – pero erróneamente – admitían sin embargo la existencia de estos afectos razonables, que llamaban «*empatías*» o buenas pasiones. Afirmaban «que el sabio no codiciaba, sino que quería; que no sentía alegría, sino gozo; que no estaba sujeto al temor, sino que era prudente y cauteloso; por lo que era impulsado solo por la razón y según la razón».

Reconocer el papel de los afectos en el proceso decisorio parece indispensable. Es significativo que la meditación destinada a desembocar en las resoluciones les reserve un papel central. En ciertos casos, explica el autor de la *Filotea*, se pueden casi omitir las consideraciones o abreviarlas, pero los afectos nunca deben faltar porque son ellos los que motivan las resoluciones. Cuando surge un afecto bueno, escribía, «habrá que dejarle rienda suelta y no pretender seguir el método que les he indicado», porque las consideraciones se hacen solo para excitar el afecto.

El amor, primer y principal «afecto»

Para san Francisco de Sales, el amor siempre aparece en primer lugar tanto en la lista de las pasiones como en la de los afectos. ¿Qué es el amor? preguntaba Jean-Pierre Camus a su amigo, el obispo de Ginebra, quien le respondió: «El amor es

la primera pasión de nuestro apetito sensitivo y el primer afecto del apetito racional, que es la voluntad; dado que nuestra voluntad no es otra cosa que el amor al bien, y el amor es querer el bien».

El amor gobierna los demás afectos y entra primero en el corazón: «La tristeza, el temor, la esperanza, el odio y los otros afectos del alma no entran en el corazón si el amor no los arrastra consigo». Siguiendo la estela de san Agustín, para quien «vivir es amar», el autor del *Teótimo* explica que los otros once afectos que habitan el corazón humano dependen del amor: «El amor es la vida de nuestro corazón [...]. Todos nuestros afectos siguen nuestro amor, y según él deseamos, *nos deleitamos, esperamos y desesperamos, tememos, nos animamos, odiamos, huimos, nos entristecemos, nos enojamos, nos sentimos triunfantes*».

Curiosamente, la voluntad tiene ante todo una dimensión pasiva, mientras que el amor es la potencia activa que mueve y conmueve. La voluntad no llega a decidir si no es movida por un estímulo predominante: el amor. Tomando el ejemplo del hierro atraído por el imán, se debe decir que la voluntad es el hierro y el amor el imán.

Para ilustrar el dinamismo del amor, el autor del *Teótimo* utiliza también la imagen del árbol. Con precisión botánica, analiza las «cinco partes principales» del amor, que es «como un hermoso árbol, cuya raíz es la conveniencia de la voluntad con el bien, el tronco es el placer, el tronco es la tensión, las ramas son las búsquedas, los intentos y otros esfuerzos, pero solo el fruto es la unión y el goce».

El amor se impone a la misma voluntad. Tal es la fuerza del amor que, para quien ama, nada es difícil, «para el amor nada es imposible». El amor es fuerte como la muerte, repite Francisco de Sales con el *Cantar de los Cantares*; o mejor dicho, el amor es más fuerte que la muerte. Si se piensa bien, el hombre vale solo por el amor, y todas las potencias y facultades humanas, especialmente la voluntad, tienden a él:

«Dios quiere al hombre solo por el alma, y el alma solo por la voluntad y la voluntad solo por el amor».

Para explicar su pensamiento, el autor del *Teótimo* recurre a la imagen de las relaciones entre hombre y mujer, tal como estaban codificadas y vividas en su tiempo. La joven mujer entre los enamorados que la cortejan puede elegir al que más le gusta. Pero después del matrimonio, pierde la libertad y de señora se vuelve sometida a la potestad del marido, quedando atrapada por aquel que ella misma eligió. Así la voluntad, que tiene la elección del amor, después de haber abrazado uno, queda sometida a él.

La lucha de la voluntad por la libertad interior

Querer es elegir. Mientras uno es niño, sigue siendo completamente dependiente e incapaz de elegir, pero al crecer las cosas cambian rápidamente y las elecciones se imponen. Los niños no son ni buenos ni malos, porque no pueden elegir entre el bien y el mal. Durante la infancia caminan como quienes salen de una ciudad y por un tiempo van derecho; pero después descubren que el camino se divide en dos direcciones; les corresponde elegir la de la derecha o la de la izquierda a voluntad, para ir a donde quieran.

Por lo general, las elecciones son difíciles porque requieren renunciar a un bien por otro. Usualmente la elección debe hacerse entre lo que uno siente y lo que quiere, porque hay una gran diferencia entre sentir y consentir. El joven tentado por una «mujer liviana», de quien habla san Jerónimo, tenía la imaginación «sumamente ocupada por tal presencia voluptuosa», pero superó la prueba con un puro acto de la voluntad superior. La voluntad, asediada por todas partes y empujada a dar su consentimiento, resistió la pasión sensual.

La elección también se impone frente a otras pasiones y afectos: «Pisen con los pies sus sensaciones, desconfianzas, miedos, aversiones» – aconseja Francisco de Sales a una persona a la que dirigía –, pidiéndole que se ponga del «lado de la inspiración y la razón contra el lado del instinto y la

aversión». El amor se sirve de la fuerza de voluntad para gobernar todas las facultades y todas las pasiones. Será un «amor armado» y tal amor armado someterá nuestras pasiones. Esta voluntad libre «reside en la parte suprema y más espiritual del alma» y «no depende de nada más que de Dios y de uno mismo; y cuando todas las demás facultades del alma están perdidas y sometidas al enemigo, solo ella permanece dueña de sí para no consentir de ninguna manera».

Sin embargo, la elección no está solo en el objetivo a alcanzar, sino también en la intención que preside la acción. Es un aspecto al que Francisco de Sales es particularmente sensible, porque toca la calidad del actuar. De hecho, el fin perseguido imprime un sentido a la acción. Se puede decidir realizar un acto por muchos motivos. A diferencia de los animales, «el hombre es tan dueño de sus acciones humanas y razonables que las realiza todas por un fin»; incluso puede cambiar el fin natural de una acción, añadiendo un fin secundario, «como cuando, además de la intención de socorrer al pobre a quien se dirige la limosna, añade la intención de obligar al indigente a hacer lo mismo». Entre los paganos, las intenciones rara vez eran desinteresadas, y en nosotros las intenciones pueden estar contaminadas «por el orgullo, la vanidad, el interés temporal o algún otro motivo malo». A veces «fingimos querer ser los últimos y nos sentamos al final de la mesa, pero para pasar con más honor a la cabecera».

«Purifiquemos entonces, Teótimo, mientras podamos, todas nuestras intenciones», pide el autor del *Tratado del amor de Dios*. La buena intención «da vida» a las acciones más pequeñas y a los gestos cotidianos simples. En efecto, «alcanzamos la perfección no haciendo muchas cosas, sino haciéndolas con una intención pura y perfecta». No hay que perder el ánimo, porque «siempre se puede corregir la propia intención, limpiarla y mejorarla».

El fruto de la voluntad son las «resoluciones»

Después de haber puesto en evidencia el carácter pasivo de la voluntad, cuya primera propiedad consiste en dejarse atraer

por el bien que le presenta la razón, conviene mostrar su aspecto activo. San Francisco de Sales concede gran importancia a la distinción entre voluntad afectiva y voluntad efectiva, así como entre amor afectivo y amor efectivo. El amor afectivo se parece al amor de un padre por el hijo menor, «un niño pequeño aún bebé, muy amable», mientras que el amor que demuestra al hijo mayor, «hombre ya hecho, buen y noble soldado», es de otra especie: «Este último es amado con un amor efectivo, mientras que el pequeño es amado con un amor afectivo».

De igual modo, hablando de la «constancia de la voluntad», el obispo de Ginebra afirma que no se puede contentar con una «constancia sensible»; es necesaria una constancia «situada en la parte superior del espíritu y que sea efectiva». Llega el momento en que ya no se debe «especular con el razonamiento», sino «endurecer la voluntad». «Nuestra alma, esté triste o alegre, sumergida en dulzura o amargura, en paz o turbada, luminosa o tenebrosa, tentada o tranquila, llena de placer o de disgusto, inmersa en la aridez o en la ternura, quemada por el sol o refrescada por el rocío», no importa, una voluntad fuerte no se deja fácilmente apartar de sus propósitos. «Permanecemos firmes en nuestros propósitos, inflexibles en nuestras resoluciones», pide el autor de la *Filotea*. Es la facultad maestra de la que depende el valor de la persona: «El mundo entero vale menos que un alma y un alma no vale nada sin nuestros buenos propósitos».

El sustantivo «resolución» indica una decisión que llega al final de un proceso, que ha puesto en juego el razonamiento con su capacidad de discernir y el corazón, entendido como una afectividad que se deja mover por un bien atractivo. En la «declaración auténtica» que el autor de la *Introducción a la vida devota* invita a Filotea a pronunciar, se lee: «Esta es mi voluntad, mi intención y mi decisión, inviolable e irrevocable, voluntad que confieso y confirmo sin reservas ni excepciones». Una meditación que no desemboca en actos concretos no serviría de nada.

En las diez *Meditaciones* propuestas como modelo en la primera

parte de la *Filotea*, encontramos expresiones frecuentes como estas: «quiero», «no quiero más», «sí, seguiré las inspiraciones y los consejos», «haré todo lo posible», «quiero hacer esto o aquello», «haré este o aquel esfuerzo», «haré esta o aquella cosa», «escojo», «quiero participar», o también «quiero asumir el cuidado requerido».

La voluntad de Francisco de Sales suele adoptar un aspecto pasivo, aquí en cambio revela todo su dinamismo extremadamente activo. No es por tanto sin razón que se haya podido hablar de voluntarismo salesiano.

Francisco de Sales, educador del corazón humano

Francisco de Sales ha sido considerado como un «admirable educador de la voluntad». Decir que fue un admirable educador del corazón humano significa, más o menos, lo mismo, pero con el añadido de un matiz afectivo, característica de la concepción salesiana del corazón. Como se ha visto, no ha descuidado ningún componente del ser humano: el cuerpo con sus sentidos, el alma con sus pasiones, el espíritu con sus facultades, en particular intelectuales. Pero lo que más le importa es el corazón humano, sobre el cual escribía a una de sus correspondientes: «Es necesario, por tanto, cultivar con gran cuidado este corazón amado y no escatimar nada de lo que pueda ser útil para su felicidad».

Ahora, el corazón del hombre es «inquieto», según el dicho de san Agustín, porque está lleno de deseos insatisfechos. Parece que nunca tiene ni «descanso ni tranquilidad». Francisco de Sales propone entonces una educación también de los deseos. A. Ravier ha hablado también de un «discernimiento o política del deseo». En efecto, el principal enemigo de la voluntad «es la cantidad de deseos que tenemos de esta o aquella cosa. En resumen, nuestra voluntad está tan llena de pretensiones y proyectos, que muy a menudo no hace más que perder tiempo considerándolos uno tras otro o incluso todos juntos, en lugar de ocuparse en realizar uno más útil».

Un buen pedagogo sabe que para conducir a su alumno hacia el objetivo propuesto, sea saber o virtud, es imprescindible

presentarle un proyecto que movilice sus energías. Francisco de Sales se revela un maestro en el arte de motivar, como enseña a su «hija», Juana de Chantal, una de sus máximas preferidas: «Hay que hacer todo por amor y nada por fuerza». En el *Teótimo* afirma que «la alegría abre el corazón como la tristeza lo cierra». El amor, en efecto, es la vida del corazón.

Sin embargo, la fuerza no debe faltar. Al joven que estaba a punto de «zarpar en el vasto mar del mundo», el obispo de Ginebra le aconsejaba «un corazón vigoroso» y «un corazón noble», capaz de gobernar los deseos. Francisco de Sales quiere un corazón dulce y pacífico, puro, indiferente, un «corazón despojado de afectos» incompatibles con la vocación, un corazón «recto», «distendido y sin ninguna coacción». No ama la «ternura de corazón» que se reduce a la búsqueda de uno mismo, y exige en cambio la «firmeza de corazón» en el actuar. «A un corazón fuerte nada le es imposible» – escribe a una señora –, para animarla a no abandonar «el curso de las santas resoluciones». Quiere un «corazón viril» y al mismo tiempo un corazón «dócil, maleable y sometido, dispuesto a todo lo permitido y listo para asumir cualquier compromiso por obediencia y caridad»; un «corazón dulce hacia el prójimo y humilde ante Dios», «noblemente orgulloso» y «perennemente humilde», «dulce y pacífico».

Al fin y al cabo, la educación de la voluntad apunta al pleno dominio de sí mismo, que Francisco de Sales expresa mediante una imagen: tomar el corazón en la mano, poseer el corazón o el alma. «La gran alegría del hombre, Filotea, es poseer su propia alma; y cuanto más perfecta se vuelve la paciencia, más perfectamente poseemos nuestra alma». Esto no significa insensibilidad, ausencia de pasiones o afectos, sino una tensión hacia el dominio de uno mismo. Se trata de un camino dirigido a la autonomía de sí, garantizada por la supremacía de la voluntad, libre y razonable, pero de una autonomía gobernada por el amor soberano.

Foto: Retrato de San Francisco de Sales en la Basílica del Sagrado Corazón de Jesús en Roma. Obra sobre lienzo realizada por el pintor romano Attilio Palombi y ofrecida como regalo por el cardenal Lucido María Parocchi.

Educar las facultades de nuestro espíritu con San Francisco de Sales

San Francisco de Sales presenta el espíritu como la parte más elevada del alma, gobernada por el intelecto, la memoria y la voluntad. El corazón de su pedagogía es la autoridad de la razón, “divina antorcha” que hace al hombre verdaderamente humano y debe guiar, iluminar y disciplinar las pasiones, la imaginación y los sentidos. Educar el espíritu significa, por tanto, cultivar el intelecto mediante el estudio, la meditación y la contemplación, ejercitar la memoria como depósito de las gracias recibidas, y fortalecer la voluntad para que elija constantemente el bien. De esta armonía brotan las virtudes cardinales – prudencia, justicia, fortaleza y templanza – que forman personas libres, equilibradas y capaces de auténtica caridad.

Francisco de Sales considera el espíritu como la parte superior del alma. Sus facultades son el intelecto, la memoria y la voluntad. La imaginación podría formar parte de él en la medida en que la razón y la voluntad intervienen en su funcionamiento. La voluntad, por su parte, es la facultad maestra a la que conviene reservar un tratamiento particular. El espíritu hace que el hombre se convierta, según la definición clásica, en un «animal racional». «Somos hombres

solo mediante la razón», escribe Francisco de Sales. Después de «las gracias corporales», están «los dones del espíritu», que deberían ser objeto de nuestras reflexiones y de nuestro reconocimiento. Entre ellos, el autor de la Filotea distingue los dones recibidos de la naturaleza y los adquiridos con la educación:

Considerad los dones del espíritu: cuánta gente hay en el mundo idiota, loca furiosa, mentecata. ¿Por qué no os encontráis entre ellos? Dios os ha favorecido. Cuántos han sido educados de forma tosca y en la más extrema ignorancia: pero a vosotros, la Providencia divina os ha hecho criar de un modo civil y honrado.

La razón, “divina antorcha”

En un Ejercicio del sueño o reposo espiritual, compuesto en Padua cuando tenía veintitrés años, Francisco se proponía meditar un argumento que asombra:

Me detendré a admirar la belleza de la razón que Dios ha donado al hombre, para que, iluminado e instruido por su maravilloso esplendor, odiase el vicio y amase la virtud. ¡Oh! Sigamos la esplendente luz de esta divina antorcha, porque nos es donada en uso para ver dónde debemos poner los pies. ¡Ah! Si nos dejamos conducir por sus dictados, raramente tropezaremos, difícilmente nos haremos daño.

«La razón natural es un buen árbol que Dios ha plantado en nosotros, los frutos que provienen de él solo pueden ser buenos», afirma el autor del *Teótimo*; es verdad que está «gravemente herida y casi muerta a causa del pecado», pero su ejercicio no está fundamentalmente impedido.

En el reino interior del hombre, «la razón debe ser la reina, a la que todas las facultades de nuestro espíritu, todos nuestros sentidos y el mismo cuerpo deben permanecer absolutamente sometidos». Es la razón la que distingue al hombre del animal, por lo que hay que guardarse bien de imitar «los ,macacos y los monos que siempre están

malhumorados, tristes y quejumbrosos cuando falta la luna; luego, al contrario, con la luna nueva, saltan, danzan y hacen todas las muecas posibles». Es necesario hacer reinar «la autoridad de la razón», reitera Francisco de Sales.

Entre la parte superior del espíritu, que debe reinar, y la parte inferior de nuestro ser, designada a veces por Francisco de Sales con el término bíblico de «carne», la lucha a veces se vuelve áspera. Cada frente tiene sus aliados. El espíritu, «fortaleza del alma», está acompañado «por tres soldados: el intelecto, la memoria y la voluntad». Atentos, pues, a la «carne» que conspira y busca aliados en el lugar:

La carne usa ahora el intelecto, ahora la voluntad, ahora la imaginación, las cuales, asociándose contra la razón, le dejan el campo libre, creando división y haciendo un mal servicio a la razón. [...] La carne atrae a la voluntad a veces con los placeres, a veces con las riquezas; ahora solicita a la imaginación a inventar pretensiones, ahora suscita en el intelecto una gran curiosidad, todo con el pretexto del bien.

En esta lucha, incluso cuando todas las pasiones del alma parecen trastornadas, nada está perdido mientras el espíritu resista: «Si estos soldados fueran fieles, el espíritu no tendría ningún temor y no daría ninguna importancia a sus propios enemigos: como soldados que, disponiendo de suficientes municiones, resisten en el bastión de una fortaleza inexpugnable, a pesar de que los enemigos se encuentren en los suburbios o incluso hayan tomado ya la ciudad; le sucedió a la ciudadela de Niza, ante la cual la fuerza de tres grandes príncipes no pudo vencer la resistencia de los defensores». La causa de todas estas laceraciones interiores es el amor propio. En efecto, «nuestros razonamientos ordinariamente están llenos de motivaciones, opiniones y consideraciones sugeridas por el amor propio, y esto causa grandes conflictos en el alma».

En el ámbito educativo, es importante hacer sentir

la superioridad del espíritu. «Aquí está el principio de una educación humana –dice el padre Lajeunie–: mostrar al niño, apenas su razón se despierta, lo que es bello y bueno, y apartarlo de lo que es malo; crear de este modo en su corazón el hábito de controlar sus reflejos instintivos, en lugar de seguirlos servilmente; es así, de hecho, como se forma este proceso de sexualización que lo hace esclavo de sus deseos espontáneos. En el momento de elecciones decisivas, tal hábito de ceder siempre, sin controlarse, a las pulsiones instintivas puede revelarse catastrófico».

El intelecto, “ojo del alma”

El intelecto, facultad típicamente humana y racional, la cual permite conocer y comprender, a menudo se compara con la vista. Se afirma, por ejemplo: «Yo veo», para decir: «Yo comprendo». Para Francisco de Sales, el intelecto es “el ojo del alma”; de ahí su expresión «el ojo de vuestro intelecto». La increíble actividad de la que es capaz lo hace similar a «un obrero, el cual, con los cientos de miles de ojos y de manos, como otro Argos, realiza más obras que todos los trabajadores del mundo, porque no hay nada en el mundo que no sea capaz de representar».

¿Cómo funciona el intelecto humano? Francisco de Sales ha analizado con precisión las cuatro operaciones de las que es capaz: el simple pensamiento, el estudio, la meditación y la contemplación. El simple pensamiento se ejerce sobre una gran diversidad de cosas, sin ningún fin, «como hacen las moscas que se posan sobre las flores sin querer extraer ningún jugo, sino solo porque las encuentran». Cuando el intelecto pasa de un pensamiento a otro, los pensamientos que así lo atiborran son ordinariamente «inútiles y dañinos». El estudio, al contrario, mira a considerar las cosas «para conocerlas, para comprenderlas y para hablar bien de ellas, con el fin de «llenar la memoria», como hacen los abejorros que «se posan sobre las rosas para ningún otro fin que para saciarse y llenarse el vientre».

Francisco de Sales podía detenerse aquí, pero conocía y recomendaba otras dos formas más elevadas. Mientras que el estudio mira a aumentar los conocimientos, la meditación tiene como fin el de «mover los afectos y, en particular, el amor»: «Fijemos nuestro intelecto en el misterio del cual esperamos poder extraer buenos afectos», como la paloma que “arrulla reteniendo el aliento y, mediante el murmullo que produce en la garganta sin dejar salir el aliento, produce su típico canto”.

La actividad suprema del intelecto es la contemplación, la cual consiste en gozar del bien conocido a través de la meditación y amado mediante tal conocimiento; esta vez nos parecemos a los pajaritos que se entretienen en la jaula solo para “dar placer al maestro”. Con la contemplación el espíritu humano llega a su vértice; el autor del Teótimo afirma que la razón «vivifica finalmente el intelecto con la contemplación».

Volvamos al estudio, la actividad intelectual que nos interesa más de cerca. “Hay un viejo axioma de los filósofos, según el cual todo hombre desea conocer”. Retomando por su parte esta afirmación de Aristóteles, así como el ejemplo de Platón, Francisco de Sales pretende demostrar que esto constituye un gran privilegio. Lo que el hombre quiere conocer es la verdad. La verdad es más bella que aquella «famosa Elena, por cuya belleza murieron tantos griegos y troyanos». El espíritu está hecho para la búsqueda de la verdad: «La verdad es el objeto de nuestro intelecto, el cual, en consecuencia, descubriendo y conociendo la verdad de las cosas, se siente plenamente satisfecho y contento». Cuando el espíritu encuentra algo nuevo, experimenta una alegría intensa, y cuando se empieza a encontrar algo bello, se es impulsado a continuar la búsqueda, «como aquellos que han encontrado una mina de oro y se adentran siempre más para encontrar aún más de este precioso metal». El asombro que produce el descubrimiento es un potente estímulo; «la admiración, de hecho, ha dado origen a la filosofía y a la atenta búsqueda de las cosas naturales». Siendo Dios la verdad

suprema, el conocimiento de Dios es la ciencia suprema que llena nuestro espíritu. Es él quien nos «ha donado el intelecto para conocerlo»; fuera de él solo hay «pensamientos vanos y reflexiones inútiles».

Cultivar la propia inteligencia

Lo que caracteriza al hombre es el gran deseo de conocer. Fue este deseo «el que indujo al gran Platón a salir de Atenas y correr tanto», y «el que indujo a estos antiguos filósofos a renunciar a sus comodidades corporales». Algunos incluso llegan a ayunar diligentemente «para poder estudiar mejor». El estudio, de hecho, produce un placer intelectual, superior a los placeres sensuales y difícil de detener: «El amor intelectual, al encontrar en la unión con su objeto una satisfacción inesperada, perfecciona el conocimiento, continuando así a unirse a él, y uniéndose cada vez más, no deja de seguir haciéndolo».

Se trata de «iluminar bien el intelecto», esforzándose por «purgarlo» de las tinieblas de la «ignorancia». Él denuncia «la torpeza y la indolencia de espíritu, que no quiere saber lo que es necesario» e insiste en el valor del estudio y del aprendizaje: «Estudiad siempre más, con diligencia y humildad», escribía a un estudiante. Pero no basta con «purgar» el intelecto de la ignorancia, es necesario además «embellecerlo y adornarlo», «tapizarlo de consideraciones». Para conocer perfectamente una cosa, es necesario aprender bien, dedicar tiempo a «someter» el intelecto, es decir, a fijarlo en una cosa, antes de pasar a otra.

El joven Francisco de Sales aplicaba su inteligencia no solo a los estudios y a conocimientos intelectuales, sino también a ciertos temas esenciales para la vida del hombre en la tierra, y, en particular, a la «consideración de la vanidad de la grandeza, de las riquezas, de los honores, de las comodidades y de los placeres voluptuosos de este mundo»; a la «consideración de la infamia, abyección y deplorable miseria, presentes en el vicio y en el

pecado», y al «conocimiento de la excelencia de la virtud».

El espíritu humano a menudo se distrae, olvida, se contenta con un conocimiento vago o vano. Mediante la meditación, no solo de las verdades eternas, sino también de los fenómenos y de los acontecimientos del mundo, es capaz de alcanzar una visión más realista y profunda de la realidad. Por este motivo, en las Meditaciones propuestas por el autor a Filotea, hay una primera parte dedicada titulada Consideraciones.

Considerar significa aplicar el espíritu a un objeto preciso, examinar con atención sus diversos aspectos. Francisco de Sales invita a Filotea a «pensar», a «ver», a examinar los diferentes «puntos», algunos de los cuales merecen ser considerados «aparte». Exhorta a ver las cosas en general y a descender luego a los casos particulares. Quiere que se examinen los principios, las causas y las consecuencias de una determinada verdad, de una determinada situación, así como las circunstancias que la acompañan. Es necesario también saber «sopesar» ciertas palabras o sentencias, cuya importancia corre el riesgo de escapársenos, considerarlas una a una, confrontarlas una con otra.

Como en todo, así en el deseo de conocer puede haber excesos y deformaciones. Atentos a la vanidad de falsos sabios: algunos, de hecho, «por el poco de ciencia que tienen, quieren ser honrados y respetados por todos, como si cada uno debiera ir a su escuela y tenerlos por maestros: por eso se les llama pedantes». Ahora bien, «la ciencia nos deshonra cuando nos infla y degenera en pedantería». ¡Qué ridiculez querer instruir a Minerva, *Minervam docere*, la diosa de la sabiduría! «La peste de la ciencia es la presunción, que infla los espíritus y los vuelve hidrójicos, como son ordinariamente los sabios del mundo».

Cuando se trata de problemas que nos superan y que entran en el ámbito de los misterios de la fe, es necesario «purificarlos de toda curiosidad», es necesario «mantenerlos bien cerrados y cubiertos frente a tales vanas y necias cuestiones y curiosidades». Es la «pureza intelectual», la

«segunda modestia» o la «modestia interior». Finalmente, se debe saber que el intelecto puede equivocarse y que existe el «pecado del intelecto», como el que Francisco de Sales reprocha a la señora de Chantal, la cual había cometido un error al depositar una exagerada estima en su director.

La memoria y sus «almacenes»

Como el intelecto, así la memoria es una facultad del espíritu que suscita admiración. Francisco de Sales la compara con un almacén «que vale más que los de Amberes o de Venecia». ¿No se dice acaso «almacenar» en la memoria? La memoria es un soldado cuya fidelidad nos es muy útil. Es un don de Dios, declara el autor de la Introducción a la vida devota: Dios os la ha donado «para que os acordéis de él», dice a Filotea, invitándola a huir de «los recuerdos detestables y frívolos».

Esta facultad del espíritu humano necesita ser entrenada. Cuando era estudiante en Padua, el joven Francisco ejercitaba su memoria no solo en los estudios, sino también en la vida espiritual, en la cual la memoria de los beneficios recibidos es un elemento fundamental:

Antes que nada, me dedicaré a refrescar mi memoria con todos los buenos impulsos, deseos, afectos, propósitos, proyectos, sentimientos y dulzuras que en el pasado la divina Majestad me ha inspirado y hecho experimentar, considerando sus santos misterios, la belleza de la virtud, la nobleza de su servicio y una infinidad de beneficios que me ha libremente otorgado; pondré también orden en mis recuerdos acerca de las obligaciones que tengo hacia ella por el hecho de que, por su santa gracia, a veces ha debilitado mis sentidos enviándome ciertas dolencias y enfermedades, de las cuales he sacado gran provecho.

En las dificultades y en los miedos es indispensable servirse de ella «para acordarse de las promesas» y para «permanecer firmes confiando en que todo perecerá antes que las promesas fallen». Sin embargo, la

memoria del pasado no es siempre buena, porque puede generar tristeza, como le ocurrió a un discípulo de san Bernardo, que fue asaltado por una mala tentación cuando comenzó «a recordar a los amigos del mundo, a los parientes, a los bienes que había dejado». En ciertas circunstancias excepcionales de la vida espiritual «es necesario purificarla del recuerdo de cosas caducas y de asuntos mundanos y olvidar por un cierto tiempo las cosas materiales y temporales, aunque buenas y útiles». En el campo moral, para ejercitar la virtud, la persona que se ha sentido ofendida tomará una medida radical: «Me acuerdo demasiado de las flechas e injurias, de ahora en adelante perderé la memoria».

«Debemos tener un espíritu justo y razonable»

Las capacidades del espíritu humano, en particular del intelecto y de la memoria, no están destinadas solo a gloriosas empresas intelectuales, sino también y sobre todo a la conducta de la vida. Tratar de conocer al hombre, de comprender la vida y definir las normas referentes a los comportamientos conformes a la razón, estos deberían ser los cometidos fundamentales del espíritu humano y de su educación. La parte central de la Filotea, que trata del «ejercicio de las virtudes», contiene, hacia el final, un capítulo que resume en cierto modo la enseñanza de Francisco de Sales sobre las virtudes: «Debemos tener un espíritu justo y razonable».

Con fineza y una pizca de humor, el autor denuncia numerosas conductas extrañas, locas o simplemente injustas: «Acusamos al prójimo por poco, y nos excusamos a nosotros mismos por mucho más»; «queremos vender con un precio alto y comprar a buen mercado»; «lo que hacemos por los otros nos parece siempre mucho, y lo que hacen los otros por nosotros es nada»; «tenemos un corazón dulce, gracioso y cortés hacia nosotros, y un corazón duro, severo y riguroso hacia el prójimo»; «tenemos dos pesos: uno para pesar nuestras comodidades con la mayor ventaja posible para nosotros, el otro para pesar las del prójimo con la mayor desventaja que se puede». Para juzgar bien, aconseja a Filotea, es necesario

siempre ponerse en el lugar del prójimo: «Haceos vendedora al comprar y compradora al vender». No se pierde nada al vivir como personas «generosas, nobles, corteses, con un corazón real, constante y razonable».

La razón está en la base del edificio de la educación. Ciertos padres no tienen una actitud mental justa; de hecho, «hay chicos virtuosos que padres y madres no consiguen casi soportar porque tienen este o aquel defecto en el cuerpo; hay en cambio viciosos continuamente mimados, porque tienen esta o aquella bella dote física». Hay educadores y responsables que se dejan llevar por preferencias. «Mantened la balanza bien derecha entre vuestras hijas», recomendaba a una superiora de las visitandinas, para que «los dones naturales no os hagan distribuir injustamente los afectos y los favores». Y añadía: «La belleza, la buena gracia y la palabra amable confieren a menudo una gran fuerza de atracción a las personas que viven según sus inclinaciones naturales; la caridad tiene como objeto la verdadera virtud y la belleza del corazón, y se extiende a todos sin particularismos».

Pero es sobre todo la juventud la que corre los riesgos mayores, porque si «el amor propio nos aleja habitualmente de la razón», esto ocurre quizás aún más en los jóvenes tentados por la vanidad y por la ambición. La razón de un joven corre el riesgo de perderse sobre todo cuando se deja «llevar por enamoramientos». Atención, pues, escribe el obispo a un joven, «a no permitir que vuestros afectos prevengan el juicio y la razón en la elección de los sujetos a amar; puesto que, una vez que se ha puesto en marcha, el afecto arrastra al juicio, como se arrastraría a un esclavo, a elecciones muy deplorables, de las que podría arrepentirse muy pronto». Explicaba también a las visitandinas que «nuestros pensamientos están habitualmente llenos de razones, opiniones y consideraciones sugeridas por el amor propio, que causa grandes conflictos en el alma».

La razón, fuente de las cuatro virtudes cardinales

La razón se asemeja al río del paraíso, «que Dios hace correr para irrigar todo el hombre en todas sus facultades y actividades»; este se divide en cuatro brazos correspondientes a las cuatro virtudes que la tradición filosófica llama virtudes cardinales: la prudencia, la justicia, la fortaleza y la templanza.

La prudencia «inclina nuestro intelecto a discernir verdaderamente el mal a evitar y el bien a cumplir». Esta consiste en «discernir cuáles son los medios más apropiados para alcanzar el bien y la virtud». ¡Atención a las pasiones que corren el riesgo de deformar nuestro juicio y de provocar la ruina de la prudencia! La prudencia no se opone a la simplicidad: seremos, conjuntamente, «prudentes como serpientes para no ser engañados; simples como palomas para no engañar a nadie».

La justicia consiste en «rendir a Dios, al prójimo y a sí mismos lo que se debe». Francisco de Sales comienza con la justicia hacia Dios, conectada con la virtud de la religión, «mediante la cual rendimos a Dios el respeto, el honor, el homenaje y la sumisión a él debidos como nuestro soberano Señor y primer principio». La justicia hacia los padres comporta el deber de la piedad, la cual «se extiende a todos los oficios que se pueden legítimamente rendirles, sea en honor, sea en servicio».

La virtud de la fortaleza ayuda a «superar las dificultades que se encuentran al cumplir el bien y al rechazar el mal». Es muy necesaria, porque el apetito sensitivo es «verdaderamente un sujeto rebelde, sedicioso, turbulento». Cuando la razón domina las pasiones, la ira deja el puesto a la dulzura, gran aliada de la razón. La fortaleza es acompañada a menudo por la magnanimidad, «una virtud que nos empuja e inclina a cumplir acciones de gran relieve».

Finalmente, la templanza es indispensable «para reprimir las inclinaciones desordenadas de la sensualidad», para «gobernar el apetito de la avidez» y «frenar las pasiones conectadas». En efecto, si el alma se apasiona demasiado a un

placer y a una alegría sensible, se degrada volviéndose incapaz de alegrías más elevadas.

En conclusión, las cuatro virtudes cardinales son como las manifestaciones de esta luz natural que nos proporciona la razón. Practicando estas virtudes, la razón ejerce «su superioridad y la autoridad que tiene de regular los apetitos sensuales».

Educar nuestras emociones con san Francisco de Sales

La psicología moderna ha demostrado la importancia y la influencia de las emociones en la vida de la psique humana y cada uno sabe que las emociones son particularmente fuertes durante la juventud. Pero ya casi no se habla de las «pasiones del alma», que la antropología clásica ha analizado minuciosamente, como testimonia la obra de Francisco de Sales, y, en particular, cuando escribe que «el alma, en cuanto tal, es la fuente de las pasiones». En su vocabulario el término «emoción» aún no aparece con las connotaciones que le atribuimos. Dirá, en cambio, que nuestras «pasiones» en ciertas circunstancias son «movidas». En el ámbito educativo, la cuestión que se plantea se refiere a la actitud que conviene tener frente a estas manifestaciones involuntarias de nuestra sensibilidad, que siempre tienen un componente fisiológico.

«Yo soy un pobre hombre y nada más»

Todos los que han conocido a Francisco de Sales han notado su gran sensibilidad y emotividad. Se le subía la sangre a la cabeza y el rostro se ponía todo rojo. Conocemos sus ataques de ira contra los «herejes» y la cortesana de

Padua. Como todo buen Saboyano, era «habitualmente calmo y dulce, pero capaz de terribles ataques de ira; un volcán bajo la nieve». Su sensibilidad era muy viva. Con motivo de la muerte de su hermana pequeña Jeanne, escribía a Juana de Chantal, también consternada:

¡Ay de mí, Hija mía!: yo soy un pobre hombre y nada más. Mi corazón se ha enternecido más de lo que jamás habría imaginado; pero la verdad es que ha contribuido mucho el disgusto vuestro y de mi madre: he tenido miedo por vuestro corazón y por el de mi madre.

A la muerte de su madre, no ocultó que esa separación le había hecho derramar lágrimas; tuvo ciertamente el coraje de cerrarle los ojos y la boca y de darle un último beso, pero después de eso, confiaba a Juana de Chantal, «el corazón se me hinchó grandemente, y lloré por esta buena madre más de lo que jamás había hecho desde el día en que abracé el sacerdocio». Él, en efecto, no frenaba sistemáticamente las manifestaciones exteriores de sus sentimientos, su humanismo las aceptaba tranquilamente. Un precioso testimonio de Juana de Chantal nos informa que «nuestro santo no estaba exento de sentimientos y de mociones de las pasiones, y no quería ser liberado de ellos».

Se sabe bien que las pasiones del alma influyen en el cuerpo, provocando reacciones exteriores a sus movimientos interiores: «Nosotros exteriorizamos y manifestamos nuestras pasiones y los movimientos que nuestras almas tienen en común con los animales por medio de los ojos, con movimientos de las cejas, de la frente y de todo el rostro». Así, no está en nuestro poder no sentir miedo en determinadas circunstancias: «Es como si uno dijera a una persona que se ve venir contra un león o un oso: No tengas miedo». Ahora, «cuando se siente temor se pone uno pálido, y cuando somos reprendidos por una cosa que nos contraría, se nos sube la sangre al rostro y nos ponemos rojos, o bien la contrariedad puede también hacer brotar lágrimas de nuestros ojos». Los niños, «si ven un perro

que ladra, inmediatamente se ponen a gritar y no se detienen hasta que están cerca de la mamá».

Cuando la señora de Chantal encuentre al asesino de su marido, ¿cómo reaccionará su «corazón»? «Sé que, sin duda, vuestro corazón se sobresaltará y se sentirá conmocionado, y vuestra sangre hervirá», prevé su director espiritual, añadiendo esta lección de sabiduría: «Dios nos hace tocar con la mano, en estas emociones, cuán cierto es que estamos hechos de carne, de huesos y de espíritu».

Las doce pasiones del alma

En la antigüedad, Virgilio, Cicerón y Boecio reducían a cuatro las pasiones del alma, mientras que san Agustín conocía una sola pasión dominante, el amor, articulado a su vez en cuatro pasiones secundarias: «El amor que tiende a poseer lo que ama, se llama ansia o *deseo*; cuando lo consigue y lo posee, se llama alegría; cuando huye de lo que le es contrario, se llama *temor*; si le sucede perderlo y siente el peso, se llama *tristeza*».

En la *Filotea*, Francisco de Sales señala siete, comparándolas con las cuerdas que el lutier debe de vez en cuando afinar: *el amor, el odio, el deseo, el temor, la esperanza, la tristeza y la alegría*.

En el *Teótimo*, en cambio, enumera hasta doce. Asombra que «esta multitud de pasiones [...] sea dejada en nuestras almas». Las primeras cinco tienen por objeto el bien, o sea, todo aquello que nuestra sensibilidad nos hace espontáneamente buscar y apreciar como bueno para nosotros (pensemos en los bienes fundamentales de la vida, de la salud y de la alegría):

*Si el bien es considerado en sí mismo, según su bondad natural, genera el **amor**, primera y principal pasión; si el bien es considerado en cuanto faltante, provoca el **deseo**; si, deseándolo, se piensa que se puede conseguir, se tiene la **esperanza**; si se teme no poderlo obtener, se entra en la **desesperación**; y cuando, de hecho, se lo posee, se tiene la*

alegría.

Las otras siete pasiones son aquellas que nos hacen espontáneamente reaccionar negativamente frente a todo aquello que nos aparece como mal a evitar y a combatir (pensemos en la enfermedad, en el sufrimiento y en la muerte):

*Apenas conocemos el mal, lo **odiamos**; si está ausente, lo **huimos**; si pensamos que no podemos evitarlo, lo **tememos**; si creemos que podemos evitarlo, nos animamos y nos armamos de **coraje**; pero si lo sentimos presente, nos entristecemos, y entonces la **ira** y el disgusto intervienen repentinamente para rechazarlo y alejarlo o al menos vengarse de él; y, si eso no es factible, permanecemos en la **tristeza**; pero, si logramos rechazarlo o vengarnos, sentimos satisfacción y un sentido de paz, que es placer del **triunfo**, porque así como la posesión del bien alegra el corazón, la victoria sobre el mal satisface el coraje.*

Como se ve, a las once pasiones del alma propuestas por santo Tomás, Francisco de Sales añade la victoria sobre el mal, que «satisface el coraje» y provoca la alegría del triunfo.

El amor, primera y principal pasión

Como era fácil prever, el *amor* es presentado como la «primera y principal pasión»: «El amor viene en primer lugar, entre las pasiones del alma: es el rey de todas las mociones del corazón, transforma en sí todo el resto y nos hace ser lo que él ama». «El amor es la primera pasión del alma», repite.

Él se manifiesta de mil maneras y su lenguaje es muy diversificado; de hecho, «no se expresa solamente con palabras, sino también con los ojos, con los gestos y con las acciones. Por lo que se refiere a los ojos, las lágrimas que brotan de ellos son pruebas de amor». Existen también los «suspiros de amor». Pero tales manifestaciones del amor son diferentes. La más habitual y superficial es la emoción o

pasión, la cual pone en movimiento casi involuntariamente la sensibilidad.

¿Y el *odio*? Odiamos espontáneamente lo que nos aparece como un mal. Es necesario saber que, entre las personas, existen formas de odio y aversiones instintivas, irracionales, inconscientes, como las existentes entre el mulo y el caballo, entre la viña y los repollos. No somos para nada responsables, porque no dependen de nuestra voluntad.

El deseo y la fuga

El deseo es otra realidad fundamental de nuestra psique. La vida cotidiana provoca múltiples deseos, porque el deseo consiste en la «esperanza de un bien futuro». Los más comunes deseos naturales son aquellos que «se refieren a los bienes, a los placeres y a los honores».

Al contrario, nosotros huimos espontáneamente de los males de la vida. La voluntad humana de Cristo lo empujaba a *huir* de los dolores y de los sufrimientos de la pasión; de ahí el temblor, la angustia y el sudar sangre.

La esperanza y la desesperación

La *esperanza* concierne un bien que se piensa que se puede obtener. Filotea es invitada a examinar cómo se ha comportado en referencia a la «esperanza, quizás demasiado a menudo depositada en el mundo y en la criatura, y demasiado poco en Dios y en las cosas eternas».

En cuanto a la *desesperación*, mirad por ejemplo aquella de los «jóvenes aspirantes a la perfección»: «Apenas encuentran una dificultad en su camino, he aquí inmediatamente una sensación de decepción, que los empuja a hacer un montón de lamentos, tal que da la impresión de estar atribulados por grandes tormentos. El orgullo y la vanidad no pueden tolerar el mínimo defecto, sin sentirse inmediatamente fuertemente turbados hasta llegar a la desesperación».

La alegría y la tristeza

La *alegría* es «la satisfacción por el bien obtenido». Así, «cuando encontramos a aquellos que amamos, no

es posible no sentirse conmovidos por la alegría y el contento». La posesión de un bien produce infaliblemente una complacencia o alegría, como la ley de gravedad mueve la piedra: «Es el peso que sacude las cosas, las mueve y las detiene: es el peso que mueve la piedra y la arrastra en el descenso apenas se quitan los obstáculos; es el mismo peso que le hace continuar el movimiento hacia abajo; finalmente, es siempre el mismo peso que la hace detenerse y asentarse cuando ha llegado a su lugar».

La alegría llega a veces a la risa. «La risa es una pasión que irrumpe sin que lo queramos y no está en nuestro poder retenerlo, tanto más que reímos y somos movidos a reír por circunstancias imprevistas». ¿Nuestro Señor ha reído? El obispo de Ginebra piensa que Jesús sonreía cuando quería: «Nuestro Señor no podía reír, porque para él nada era imprevisto, dado que conocía todo antes de que sucediera; podía, ciertamente, sonreír, pero lo hacía voluntariamente».

Las jóvenes visitandinas, tomadas a veces por una incontenible risa cuando una compañera se golpeaba el pecho o una lectora cometía un error durante la lectura en la mesa, necesitaban una lección sobre este punto: «Los locos ríen de cualquier situación, porque todo los sorprende, no logrando prever nada; pero los sabios no ríen con tanta ligereza, porque emplean mayormente la reflexión, la cual hace que prevean las cosas que deben suceder». Dicho esto, no es un defecto reír de alguna imperfección, «siempre que no se vaya demasiado lejos».

La *tristeza* es «el dolor por un mal presente». Ella «turba el alma, provoca temores desmesurados, hace probar disgusto por la oración, debilita y adormece el cerebro, priva al alma de sabiduría, de resolución, de juicio y coraje y aniquila las fuerzas»; es «como un duro invierno que arruina toda la belleza de la tierra y vuelve indolentes a todos los animales; porque quita toda suavidad del alma y la vuelve como perezosa e impotente en toda su facultad».

Puede desembocar en ciertos casos en el llanto: un padre, al acto de enviar a su hijo a la corte o a los

estudios, no puede contenerse «de llorar despidiéndose de él»; y «una hija, aunque se haya casado según los deseos del padre y de la madre, los conmueve hasta las lágrimas al momento de recibir su bendición». Alejandro Magno lloró cuando se enteró de que había otras tierras que nunca podría conquistar: «Como un niño que gimotea por una manzana que se le niega, aquel Alejandro, que los historiadores llaman el Grande, más loco que un niño, se pone a llorar a lágrima viva, porque le parece imposible conquistar los otros mundos».

El coraje y el miedo

El temor se refiere a un «mal futuro». Algunos, queriendo ser valientes, andan por ahí durante la noche, pero «apenas oyen caer una piedra o el susurro de un ratón que huye, se ponen a gritar: ¡Dios mío! – ¿Qué pasa?, les preguntan, ¿qué habéis encontrado? – He oído un ruido. – Pero ¿qué? – No lo sé». Es necesario ser cautelosos, porque «el miedo es un mal mayor que el mal mismo».

En cuanto al *coraje*, antes de ser una virtud, es un sentimiento que nos sostiene ante dificultades que normalmente deberían abatirnos. Francisco de Sales lo experimentó al emprender una larga y arriesgada visita a su diócesis de montaña:

Estoy a punto de montar a caballo para la visita pastoral, que durará unos cinco meses. [...] Parto lleno de coraje, y, desde esta mañana, he experimentado una gran alegría de poder empezar, aunque, antes, durante varios días, había experimentado vanos temores y tristezas.

La cólera y el sentimiento del triunfo

En cuanto a la *ira* o *cólera*, no podemos impedir que nos invada en ciertas circunstancias: «Si me vienen a decir que alguien ha hablado mal de mí, o que me causan otra contrariedad, inmediatamente estalla la cólera y no me queda ni una vena que no se retuerza, porque la sangre hierve». Incluso en los monasterios de la Visitación no faltaban

ocasiones para irritarse y enfadarse, y se sentían prepotentes los ataques del «apetito irascible». Nada extraño en ello: «Impedir que el resentimiento de la cólera se despierte en nosotros y que la sangre nos suba a la cabeza, nunca será posible; seremos afortunados si podemos tener esta perfección un cuarto de hora antes de morir». También puede suceder «que la ira trastorne y ponga patas arriba mi pobre corazón, que la cabeza me humee por todas partes, que la sangre hierva como una olla al fuego».

La satisfacción de la ira, por haber superado el mal, provoca la exaltante emoción del triunfo. El que triunfa «no puede contener el transporte de su alegría».

En busca del equilibrio

Las pasiones y los movimientos del alma son la mayoría de las veces independientes de nuestra voluntad: «No se pretende de vosotras que no tengáis pasiones; no está en vuestro poder», decía a las hijas de la Visitación, añadiendo: «¿Qué puede hacer una persona para tener tal o cual temperamento, sujeto a esta o aquella pasión? Todo está, pues, en las acciones que hacemos derivar por medio de ese movimiento, que depende de nuestra voluntad».

Una cosa es segura, los estados de ánimo y las pasiones hacen del hombre un ser extremadamente sujeto a variaciones de la «temperatura» psicológica, a imagen de las variaciones climáticas. «Su vida transcurre sobre esta tierra como las aguas, fluctuando y ondeando en una perpetua variedad de movimientos». «Hoy se estará felices en exceso, e, inmediatamente después, exageradamente tristes. En tiempo de carnaval se verán manifestaciones de alegría y de alborozo, con acciones necias y alocadas, luego, inmediatamente después, veréis signos de tristeza y de tedio tan exagerados que hacen pensar que se trata de cosas terribles y, en apariencia, irremediables. Otro, en el presente, será demasiado confiado y nada le espantará, e, inmediatamente después, será presa de una angustia que le hundirá hasta debajo de la tierra».

El director espiritual de Juana de Chantal ha

identificado bien las diferentes «estaciones del alma» atravesadas por esta al principio de su fervorosa vida:

Veo que se encuentran en vuestra alma todas las estaciones del año. Ahora sentís el invierno a través de las muchas esterilidades, distracciones, pesadeces y fastidios; ahora los rocíos del mes de mayo con el perfume de las santas florecillas, y ahora el calor de los deseos de agradar a nuestro buen Dios. No queda más que el otoño del cual, como decís, no veis muchos frutos. Pues bien, a menudo ocurre que, trillando el grano o pisando la uva, se encuentra un fruto más abundante de lo que prometían las mieses y la vendimia. Vos querríais que fuera siempre primavera o verano; pero no, Hija mía: es necesario que ocurra la alternancia de las estaciones en nuestro interior como en nuestro exterior. Solo en el cielo todo será primavera en cuanto a la belleza, todo será otoño en cuanto al goce y todo será verano en cuanto al amor. Allá arriba, no habrá más invierno, pero aquí es necesario para el ejercicio de la abnegación y de mil pequeñas y bellas virtudes, que se ejercitan en el tiempo de las arideces.

La salud del alma como la del cuerpo no puede consistir en eliminar estos cuatro humores, sino en alcanzar una «invariabilidad de humor». Cuando una pasión predomina sobre las otras, causa las enfermedades del alma; y como es sumamente difícil regularla, de ello se deriva que los hombres son extravagantes y variables, por lo que no se vislumbra otra cosa entre ellos sino fantasías, inconstancias y estupideces.

Las pasiones tienen de bueno el hecho de consentirnos «ejercitar la voluntad en la adquisición de la virtud y en la vigilancia espiritual». A pesar de ciertas manifestaciones, en las que se debe «sofocar y reprimir las pasiones», para Francisco de Sales no se trata de eliminarlas, cosa imposible, sino de controlarlas como más se pueda, es decir, moderarlas y orientarlas a un fin que sea bueno.

No se trata, por lo tanto, de fingir ignorar nuestras manifestaciones psíquicas, como si no existieran (lo que una vez más es imposible), sino de «velar continuamente

sobre el propio corazón y sobre el propio espíritu para mantener las pasiones en la norma y bajo el control de la razón; de lo contrario se tendrán solamente originalidades y comportamientos desiguales». Filotea no será feliz, si no cuando haya «aplacado y pacificado tantas pasiones que [le] provocaban inquietud».

Tener un espíritu constante es uno de los mejores ornamentos de la vida cristiana y uno de los más amables medios para adquirir y conservar la gracia de Dios, y también para edificar al prójimo. «La perfección, por lo tanto, no consiste en la ausencia de las pasiones, sino en su correcta regulación; las pasiones están en el corazón como las cuerdas en un arpa: es necesario que estén afinadas para que podamos decir: Te alabaremos con el arpa».

Cuando las pasiones nos hacen perder el equilibrio interior y exterior, dos métodos son posibles: «oponiendo pasiones contrarias, u oponiendo mayores pasiones de la misma especie». Si estoy turbado por el «deseo de las riquezas o del placer voluptuoso», combatiré tal pasión con el desprecio y la huida, o aspiraré a riquezas y placeres superiores. Puedo luchar contra el miedo físico con lo contrario que es el coraje, o desarrollando un temor saludable concerniente al alma.

El amor de Dios, por su parte, imprime a las pasiones una verdadera y propia conversión, cambiando su orientación natural y prospectando para ellas un fin espiritual. Por ejemplo, «el apetito por los alimentos se vuelve muy espiritual si, antes de satisfacerlo, se le da el motivo del amor: y no, Señor, no es para complacer a este pobre vientre, ni para satisfacer este apetito que voy a la mesa, sino, según tu Providencia, para mantener este cuerpo que tú has hecho sujeto a tal miseria; sí, Señor, porque así te ha agradado a ti».

La transformación así operada se asemejará a un «artificio» utilizado en la alquimia que cambia el hierro en oro. «¡Oh santa y sacra alquimia! – escribe el obispo de

Ginebra -, ioh polvo divino de la fusión, con el cual todos los metales de nuestras pasiones, afectos y acciones son mutados en el oro purísimo de la celestial dilección!».

Estados de ánimo, pasiones e imaginaciones están profundamente arraigados en el alma humana: representan un recurso excepcional para la vida del alma. Será tarea de las facultades superiores, la razón y sobre todo la voluntad, moderarlas y gobernarlas. Empresa difícil; Francisco de Sales la ha cumplido con éxito, porque, según afirma la madre de Chantal, «poseía tal absoluto dominio de sus pasiones que las hacía obedientes como esclavas; y al final casi no aparecían más».

Educar el cuerpo y sus 5 sentidos con san Francisco de Sales

Un buen número de antiguos ascetas cristianos han considerado a menudo el cuerpo como un enemigo, cuya corrupción debía ser combatida, de hecho, como un objeto de desprecio y a no ser tenido en cuenta. Numerosos hombres espirituales de la Edad Media no se preocupaban del cuerpo más que para infligirle penitencias. En la mayoría de las escuelas de la época, no había nada previsto para hacer descansar al “hermano burro”.

Para Calvino, la naturaleza humana totalmente corrompida por el pecado original, no podía ser otra cosa que un “basurero”. En el lado opuesto, numerosos escritores y artistas renacentistas exaltaban el cuerpo hasta el punto de rendirle culto, en el que la sensualidad tenía un gran relieve. Rabelais, por su parte, magnificaba el cuerpo de sus

gigantes y se complacía en exhibir sus funciones orgánicas incluso las menos nobles.

El realismo salesiano

Entre la divinización del cuerpo y su desprecio, Francisco de Sales ofrece una visión realista de la naturaleza humana. Al final de la primera meditación sobre el tema de la creación del hombre, “el primer ser del mundo visible”, el autor de la Introducción a la vida devota pone en labios de Filotea este propósito que parece resumir su pensamiento: “Quiero sentirme honrada por el ser que él me ha dado”. Ciertamente, el cuerpo está destinado a la muerte. Con crudo realismo, el autor describe la despedida del alma al cuerpo, que abandonará “pálido, lívido, deshecho, horrendo y hediondo”, pero eso no constituye una razón para descuidarlo y denigrarlo injustamente mientras está vivo. San Bernardo se equivocó al anunciar a aquellos que querían seguirlo “que debían abandonar su cuerpo e ir a él solamente en espíritu”. Los males físicos no deben llevar a odiar el cuerpo: el mal moral es mucho peor.

No encontramos en Francisco de Sales el olvido o la puesta en sombra de los fenómenos corporales, como cuando habla de diferentes formas de enfermedades o cuando evoca las manifestaciones del amor humano. En un capítulo del Tratado del amor de Dios titulado: “El amor tiende a la unión”, él escribe, por ejemplo, que “se aplica una boca sobre la otra cuando se besan, para testimoniar que se querría verter un alma en la otra, para unir las con una unión perfecta”. Esta actitud de Francisco de Sales hacia el cuerpo ya suscitó, en su tiempo, reacciones escandalizadas. Cuando apareció la Filotea, un religioso aviñonés criticó públicamente este “librito”, lo destrozó tildando a su autor de “doctor corrupto y corruptor”. Enemigo del pudor excesivo, Francisco de Sales aún no conocía la reserva y los temores que emergerían en tiempos posteriores. ¿Sobreviven en él costumbres medievales o es simplemente una manifestación de su gusto “bíblico”? De todos modos, en él no se encuentra nada comparable a las

trivialidades del “infame” Rabelais.

Los dones naturales más estimados son la belleza, la fuerza y la salud. En referencia a la belleza, Francisco de Sales se expresaba así hablando de santa Brígida: “Nació en Escocia; era una chica muy bella, dado que los escoceses son bellos por naturaleza, y en ese país se encuentran las criaturas más bellas existentes”. Pensemos, por otro lado, en el repertorio de imágenes sobre las perfecciones físicas del esposo y la esposa, tomadas del Cantar de los Cantares. Aunque las representaciones están sublimadas y trasladadas a un registro espiritual, siguen siendo significativas de una atmósfera donde se exalta la belleza natural del hombre y de la mujer. Se intentó hacerle suprimir el capítulo del Teotimo sobre el beso, en el que demuestra que “el amor tiende a la unión”, pero siempre se negó a hacerlo. En cualquier caso, la belleza exterior no es la más importante: la belleza de la hija de Sion es interior.

Estrecho vínculo entre el cuerpo y el alma

Ante todo, Francisco de Sales afirma que el cuerpo es “una parte de nuestra persona”. El alma personificada podrá también decir con un acento de ternura: “Esta carne es mi querida mitad, es mi hermana, es mi compañera, nacida conmigo, alimentada conmigo”.

El obispo fue muy atento al vínculo existente entre el cuerpo y el alma, entre la sanidad del cuerpo y la del alma. Así escribe de una persona bajo su dirección, enferma de salud, que la salud de su cuerpo “depende mucho de la del alma, y la del alma depende de las consolaciones espirituales”. “No se ha debilitado su corazón –escribía a una enferma–, sino su cuerpo, y, dados los vínculos estrechísimos que los unen, su corazón tiene la impresión de sentir el mal de su cuerpo”. Cada uno puede constatar que las enfermedades corporales “terminan por crear malestar también al espíritu, debido a los estrechos lazos entre uno y otro”. Inversamente, el espíritu actúa sobre el cuerpo hasta el punto que “el cuerpo percibe los afectos que se agitan en el corazón”, como

ocurrió en Jesús, que se sentó junto al pozo de Jacob, cansado de su gravoso compromiso al servicio del reino de Dios.

Sin embargo, dado que “el cuerpo y el espíritu a menudo proceden en dirección contraria, y, a medida que uno se debilita, el otro se fortalece”, y dado que “el espíritu debe reinar”, “debemos sostenerlo y consolidarlo de tal manera que permanezca siempre el más fuerte”. Si luego cuida del cuerpo es “para que esté al servicio del espíritu”.

Mientras tanto, seamos justos con respecto al cuerpo. En caso de malestar o de errores, a menudo sucede que el alma acusa al cuerpo y lo maltrata, como hizo Balaam con su asna: “¡Oh pobre alma! si tu carne pudiera hablar, te diría, como el asna de Balaam: ¿por qué me golpeas, miserable? Es contra ti, alma mía, que Dios arma su venganza, tú eres la criminal”. Cuando una persona reforma su interior, la conversión se manifestará también externamente: en todas las actitudes, en la boca, en las manos y “incluso en el cabello”. La práctica de la virtud hace al hombre bello interiormente y también exteriormente. Inversamente, un cambio exterior, un comportamiento del cuerpo puede favorecer un cambio interior. Un acto de devoción exterior durante la meditación puede despertar la devoción interior. Lo que aquí se dice de la vida espiritual puede aplicarse fácilmente a la educación en general.

Amor y dominio del cuerpo

Hablando de la actitud que se debe tener hacia el cuerpo y las realidades corporales, no sorprende ver a Francisco de Sales recomendar a Filotea, como primera cosa, la gratitud por las gracias corporales que Dios le ha dado.

Debemos amar nuestro cuerpo por diferentes motivos: porque nos es necesario para realizar las buenas obras, porque es una parte de nuestra persona, y porque está destinado a participar en la felicidad eterna. El cristiano debe amar su propio cuerpo como una imagen viviente del del Salvador encarnado, como proveniente de él por parentesco y consanguinidad. Sobre

todo, después de que hemos renovado la alianza, recibiendo realmente el cuerpo del Redentor en el adorable sacramento de la eucaristía, y, con el bautismo, la confirmación y los otros sacramentos, nos hemos dedicado y consagrado a la suma bondad.

El amor por el propio cuerpo forma parte del amor debido a uno mismo. En verdad, la razón más convincente para honrar y usar sabiamente el cuerpo radica en una visión de fe, que el obispo de Ginebra explicaba así a la madre de Chantal, que había salido de una enfermedad: "Cuida aún de este cuerpo, porque es de Dios, mi queridísima Madre". La Virgen María se presenta en este punto como modelo: "¡Con qué devoción debía amar su cuerpo virginal! No solo porque era un cuerpo dulce, humilde, puro, obediente al santo amor y totalmente impregnado de mil sagrados perfumes, sino también porque era la viva fuente de aquel del Salvador y le pertenecía muy estrechamente, con un vínculo que no tiene comparación".

El amor por el cuerpo es, sí, recomendado, pero el cuerpo debe permanecer sometido al espíritu, como el sirviente a su maestro. Para controlar el apetito debo "ordenar a las manos que no proporcionen a la boca alimentos y bebidas, sino en la justa medida". Para gobernar la sexualidad "hay que quitar o dar a la facultad de la reproducción los sujetos, los objetos y los alimentos que la excitan, según los dictados de la razón". Al joven que se dispone a "navegar en el vasto mar" el obispo le recomienda: "Les deseo también un corazón vigoroso que les impida mimar su cuerpo con excesivas delicadezas en comer, dormir o en otras cosas. Se sabe, de hecho, que un corazón generoso siempre siente un poco de desprecio por las delicadezas y los deleites corporales".

Para que el cuerpo permanezca sometido a la ley del espíritu, conviene evitar los excesos: ni maltratarlo ni mimarlo. En todo hay que tener medida. El motivo de la caridad debe tener el primado en todas las cosas; por eso él escribe: "Si el trabajo que hacen les es necesario o es muy útil para la gloria de Dios, preferiría que soportaran las penas del

trabajo en lugar de las del ayuno". De aquí la conclusión: "En general es mejor tener en el cuerpo más fuerzas de las que son necesarias, que arruinarlas más allá de lo necesario; porque arruinarlas se puede siempre, tan pronto como se quiere, pero para recuperarlas no siempre basta con quererlo".

Lo que es necesario evitar es esta "ternura que se siente por uno mismo". Se burla, con fina ironía, pero de manera despiadada, de una imperfección que no es solo "propia de los niños, y, si puedo atreverme a decirlo, de las mujeres", sino también de hombres poco valientes, de los cuales nos da este interesante cuadro característico: "Otros son los tiernos hacia sí mismos, y que no hacen otra cosa que quejarse, mimarse, acurrucarse y mirarse".

De todos modos, el obispo de Ginebra cuidaba de su cuerpo como era su deber, obedecía a su médico y a las "enfermeras". También se ocupaba de la salud ajena, aconsejando medidas apropiadas. Escribirá, por ejemplo, a la madre de un joven alumno del colegio de Annecy: "Es necesario hacer que Charles sea visitado por los médicos, para que su hinchazón de vientre no se agrave".

Al servicio de la salud está la higiene. Francisco de Sales deseaba que tanto el corazón como el cuerpo estuvieran limpios. Recomendaba el decoro, muy diferente de afirmaciones como esta de san Hilario según la cual "no había que buscar la limpieza en nuestros cuerpos que no son más que carroñas pestilenciales y cargadas solo de infección". Estaba más bien del parecer de san Agustín y de los antiguos que se bañaban "para mantener limpios sus cuerpos tanto de la suciedad producida por el calor y el sudor, como para la salud, que es ciertamente ayudada en gran medida por la limpieza".

Para poder trabajar y cumplir con los deberes de su cargo, cada uno debería cuidar de su cuerpo en lo que respecta a la alimentación y el descanso: "Comer poco, trabajar mucho y con mucha agitación y negar al cuerpo el descanso necesario, es como exigir mucho de un caballo que está agotado sin darle tiempo para masticar un poco de avena".

El cuerpo necesita descansar, es algo del todo evidente. Las largas vigiliias nocturnas son “perjudiciales para la cabeza y el estómago”, mientras que, en cambio, levantarse temprano por la mañana es “útil tanto para la salud como para la santidad”.

Educar nuestros sentidos, especialmente los ojos y los oídos

Nuestros sentidos son maravillosos dones del Creador. Nos ponen en contacto con el mundo y nos abren a todas las realidades sensibles, a la naturaleza, al cosmos. Los sentidos son la puerta del espíritu, a la cual le proporcionan, por así decirlo, la materia prima; de hecho, como dice la tradición escolar, “nada está en el intelecto que no haya estado antes en los sentidos”.

Cuando Francisco de Sales habla de los sentidos, su interés se centra especialmente en el plano educativo y moral, y su enseñanza al respecto se relaciona con lo que ha expuesto sobre el cuerpo en general: admiración y vigilancia. Por un lado, dice que Dios nos da “los ojos para ver las maravillas de sus obras, la lengua para alabarlo, y así para todas las demás facultades”, sin omitir, por otro lado, la recomendación de “poner centinelas en los ojos, en la boca, en los oídos, en las manos y en el olfato”.

Es necesario comenzar por la vista, porque “entre todas las partes externas del cuerpo humano no hay ninguna, por su estructura y por su actividad, más noble que el ojo”. El ojo está hecho para la luz: lo demuestra el hecho de que cuanto más bellas son las cosas, agradables a la vista y debidamente iluminadas, más el ojo las mira con avidez y vivacidad. “De los ojos y de las palabras se conoce cuál es el alma y el espíritu del hombre, pues los ojos sirven al alma como el cuadrante al reloj”. Es bien sabido que, entre los amantes, los ojos hablan más que la lengua.

Hay que vigilar los ojos, porque a través de ellos pueden entrar la tentación y el pecado, como ocurrió con Eva, que quedó encantada al ver la belleza del fruto prohibido, o con David, que fijó su mirada en la esposa de Urías. En ciertos casos hay que proceder como se hace con el ave de

presa: para hacerla regresar es necesario mostrarle el cebo; para calmarla es necesario cubrirla con un capuchón; de la misma manera, para evitar las miradas malas, “hay que desviar los ojos, cubrirlos con el capuchón natural y cerrarlos”.

Si bien las imágenes visuales son ampliamente dominantes en las obras de Francisco de Sales, hay que reconocer que las imágenes auditivas son muy dignas de nota. Esto resalta la importancia que atribuía al oído por razones tanto estéticas como morales. “Una sublime melodía escuchada con mucha atención” produce un efecto tan mágico que “encanta los oídos”. Pero hay que tener cuidado de no sobrepasar las capacidades auditivas: una música, por hermosa que sea, si es fuerte y demasiado cercana, nos molesta y ofende el oído.

Por otro lado, hay que saber que “el corazón y los oídos discurren entre sí”, porque es a través del oído que el corazón “escucha los pensamientos de los demás”. Es también a través del oído que entran en lo más profundo del alma palabras sospechosas, injuriosas, mentirosas o malévolas, de las cuales es necesario cuidarse bien; porque las almas se envenenan a través del oído, como el cuerpo a través de la boca. La mujer honesta se tapará los oídos para no oír la voz del encantador que quiere conquistarla subrepticamente. Permaneciendo en el ámbito simbólico, Francisco de Sales declara que el oído derecho es el órgano a través del cual escuchamos los mensajes espirituales, las buenas inspiraciones y movimientos, mientras que el izquierdo sirve para oír discursos mundanos y vanos. Para custodiar el corazón, protejamos, por tanto, con gran cuidado los oídos.

El mejor servicio que podemos pedir a los oídos es el de poder oír la palabra de Dios, objeto de la predicación, la cual exige oyentes atentos y dispuestos a hacerla penetrar en sus corazones para que dé fruto. Filotea es invitada a “hacerla gotear” a su vez en el oído ahora de uno y ahora de otro, y a orar a Dios en lo íntimo de su alma, para que le plazca hacer penetrar esa santa rociada en el corazón de quien la escucha.

Los otros sentidos

También en el tema del olfato, se ha destacado la abundancia de imágenes olfativas. Los perfumes son tan diversos como lo son las sustancias olorosas, como la leche, el vino, el bálsamo, el aceite, la mirra, el incienso, la madera aromática, el nardo, el ungüento, la rosa, la cebolla, el lirio, la violeta, la viola del pensamiento, la mandrágora, la canela... Aún más sorprendente es constatar los resultados producidos con la fabricación del agua olorosa:

El albahaca, el romero, la orégano, el hisopo, los clavos de olor, la canela, la nuez moscada, los limones y el almizcle, mezclados y triturados, dan efectivamente un perfume muy agradable por la mezcla de sus olores; pero no es ni siquiera comparable al de la agua que se destila, en la cual los aromas de todos estos ingredientes, aislados de sus cuerpos, se funden más perfectamente, dando origen a un exquisito perfume que penetra mucho más el olfato de lo que ocurriría si, junto con el agua, estuvieran las partes materiales.

Numerosas son las imágenes olfativas extraídas del Cantar de los Cantares, poema oriental donde los perfumes ocupan un lugar relevante y donde uno de los versículos bíblicos más comentados por Francisco de Sales es el grito afligido de la esposa: "Atráeme a ti, caminaremos y correremos juntos en la estela de tus perfumes". Y cuán refinada es esta anotación: "El suave perfume de la rosa se hace más sutil por la cercanía del ajo plantado cerca de los rosales!".

No confundamos, sin embargo, el sagrado bálsamo con los perfumes de este mundo. Existe, de hecho, un olfato espiritual, que debería ser de nuestro interés cultivar. Este nos permite percibir la presencia espiritual del sujeto amado, y además hace que no nos dejemos distraer por los malos olores del prójimo. El modelo es el padre que recibe con los brazos abiertos al hijo pródigo que regresa a él "semi desnudo, sucio, mugriento y apestoso de inmundicias por la larga costumbre con los cerdos". Otra imagen realista aparece en

referencia a ciertas críticas mundanas: no nos sorprendamos, recomienda Francisco de Sales a Juana de Chantal, es necesario “que el poco unguento del que disponemos parezca apestoso a las narices del mundo”.

A propósito del gusto, ciertas observaciones del obispo de Ginebra podrían hacernos pensar que era un goloso nato, más bien un educador del gusto: “¿Quién no sabe que la dulzura de la miel se une cada vez más a nuestro sentido del gusto con un progreso continuo de sabor, cuando, manteniéndola largo tiempo en la boca, en lugar de tragarla de inmediato, su sabor penetra más a fondo en nuestro sentido del gusto?”. Admitida la dulzura de la miel, es necesario, sin embargo, apreciar más la sal, por el hecho de que es de uso más común. En nombre de la sobriedad y la templanza, Francisco de Sales recomendaba saber renunciar al gusto personal, comiendo lo que se “nos pone delante”.

Finalmente, en lo que respecta al tacto, Francisco de Sales habla sobre todo en un sentido espiritual y místico. Así recomienda tocar a Nuestro Señor crucificado: la cabeza, las santas manos, el precioso cuerpo, el corazón. Al joven que está a punto de lanzarse en el vasto mar del mundo le exige que se gobierne enérgicamente y desprecie las blanduras, los deleites corporales y las delicadezas: “Me gustaría que a veces trataras duramente a tu cuerpo para que sienta alguna aspereza y dureza, despreciando delicadezas y cosas agradables a los sentidos; porque es necesario que a veces la razón ejerza su superioridad y la autoridad que tiene para regular los apetitos sensuales”.

El cuerpo y la vida espiritual

También el cuerpo está llamado a participar en la vida espiritual que se expresa en primer lugar en la oración: “Es cierto, la esencia de la oración está en el alma, pero la voz, los gestos y otros signos exteriores, mediante los cuales se revela lo íntimo de los corazones, son nobles atributos y propiedades utilísimas de la oración; son efectos y operaciones. El alma no se contenta con orar si el hombre en

su totalidad no ora; ella ora junto con los ojos, las manos, las rodillas”.

Él añade que “el alma postrada ante Dios hace inclinar fácilmente sobre sí todo el cuerpo; levanta los ojos donde eleva el corazón, alza las manos allí, de donde espera un auxilio”. Francisco de Sales explica también que “orar en espíritu y en verdad es orar con gusto y afecto, sin fingimiento ni hipocresía, y comprometiendo, además, al hombre entero, alma y cuerpo, para que lo que Dios ha unido no sea separado”. “Es necesario que todo el hombre ore”, repite a las visitandinas. Pero la mejor oración es la de Filotea, cuando decide consagrar a Dios no solo el alma, su espíritu y su corazón, sino también su “cuerpo con todos sus sentidos”; así es como lo amará y servirá verdaderamente con todo su ser.

La educación según San Francisco de Sales

La educación según San Francisco de Sales es un camino de amor y cuidado de los jóvenes, basado en reglas indispensables: dulzura, comprensión y corrección equilibrada. Desde la familia hasta la sociedad, San Francisco pide a los responsables que muestren un afecto sincero, conscientes de que los jóvenes necesitan ser guiados con paciencia e inspiración. La educación es un don que ayuda a formar almas libres, capaces de pensar y actuar en armonía. Como un maestro de montaña, el obispo de Saboya nos recuerda que corregir significa acompañar, salvaguardando la espontaneidad de los corazones en crecimiento, y apuntando siempre a la transformación interior. Así nace una educación integral.

Un deber que hay que cumplir con amor

La educación es un fenómeno universal, basado en las leyes de la naturaleza y de la razón. Es el mejor regalo que los padres pueden hacer a sus hijos, en quienes alimentará la gratitud y la piedad filial. Hablando de aquellos que son responsables de los demás, tanto en la familia como en la sociedad, Francisco de Sales recomienda que muestren amor: «Que cumplan, pues, su deber con amor».

Los jóvenes necesitan orientación. Si es cierto que «quien se gobierna a sí mismo es gobernado por un gran necio», esto debería ser aún más cierto para los que aún no tienen experiencia. Del mismo modo, Celse-Bénigne, el hijo mayor de Madame de Chantal, que era una fuente de preocupación para su madre, necesitaba una guía que le ayudara a «saborear la bondad de la verdadera sabiduría a través de amonestaciones y recomendaciones».

A un joven que estaba a punto de «lanzarse al mundo», le sugirió que buscara «algún espíritu cortés» al que pudiera visitar de vez en cuando para «recrearse y recuperar el aliento espiritual». Debemos hacer como el joven Tobías en la Biblia: enviado por su padre a una tierra lejana donde no conocía el camino, recibió este consejo: «Ve, pues, y busca un hombre que te guíe».

Especialista en montaña, al obispo de Saboya le gustaba recordar a la gente que los que caminan por senderos escabrosos y resbaladizos necesitan estar atados, unidos unos a otros para avanzar con más seguridad. Siempre que podía, ofrecía ayuda y consejo a los jóvenes en peligro. A un joven colegial atrapado en el juego y el libertinaje, le escribió «una carta llena de buenas, amables y amistosas advertencias», invitándole a aprovechar mejor su tiempo.

Un buen guía debe ser capaz de adaptarse a las necesidades y posibilidades de cada individuo. Francisco de Sales admiraba a las madres que sabían dar a cada uno de sus hijos lo que necesitaba y adaptarse a cada uno “según el alcance de su espíritu”. Así es como Dios acompaña a las personas. Su enseñanza se asemeja a la de un padre atento a las capacidades de cada uno: «Como un buen padre que lleva a

su hijo de la mano», escribía a Juana de Chantal, «adaptará sus pasos a los tuyos y se contentará con no ir más deprisa que tú».

Elementos de psicología juvenil

Para tener alguna posibilidad de éxito, el educador debe saber algo sobre los jóvenes en general y sobre cada joven en particular. ¿Qué significa ser joven? Comentando la famosa visión de la escalera de Jacob, el autor de la *Introducción a la vida devota* observa que los ángeles que subían y bajaban de la escalera tenían todos los atractivos de la juventud: estaban llenos de vigor y agilidad; tenían alas para volar y pies para caminar con sus compañeros; sus rostros eran bellos y alegres; «sus piernas, brazos y cabezas estaban todos descubiertos» y «el resto de sus cuerpos estaban cubiertos, pero con un manto hermoso y ligero».

Pero no idealicemos demasiado esta edad de la vida. Para Francisco de Sales, la juventud es por naturaleza temeraria y atrevida; los jóvenes devoran todas las dificultades desde lejos y huyen de ellas desde cerca. 'Joven y ardiente' son dos adjetivos que a menudo van de la mano, especialmente cuando se usan para describir una mente "rebotante de concepciones y fuertemente inclinada a los extremos". Y entre los riesgos de esta edad está «el ardor de una sangre joven que empieza a hervir y de un valor que aún no tiene la prudencia como guía».

Los jóvenes son versátiles, se mueven y cambian con facilidad. Como los cachorros de perro que aman el cambio, los jóvenes son volubles e inconstantes, agitados por diversos «deseos de novedad y cambio», y son susceptibles de provocar «grandes y desafortunados escándalos». Es una edad en la que las pasiones son feroces y difíciles de controlar. Como las mariposas, revolotean alrededor del fuego con el riesgo de quemarse las alas.

A menudo carecen de sabiduría y experiencia, porque el amor propio ciega la razón. Debemos temer en ellos estas dos actitudes opuestas: la vanidad, que en realidad es

falta de valor, y la ambición, que es un exceso de valor que les lleva a buscar desmedidamente la gloria y el honor.

Sin embargo, ¡qué maravilloso es cuando la juventud y la virtud se encuentran! Francisco de Sales admira a una joven que tenía todo para gustar en la primavera de su vida y que amaba y estimaba 'las santas virtudes'. Alaba a todos aquellos que, durante su juventud, mantuvieron sus almas 'siempre puras en medio de tantas infecciones'.

Los jóvenes, en particular, son sensibles al afecto que reciben. «Es imposible expresar cuán amigos somos», le escribió a un padre acerca de su relación con su indisciplinado, incluso insoportable, hijo en la escuela. Como podemos ver, Francisco de Sales estaba feliz de proclamarse amigo de los jóvenes. De manera similar, le escribió a la madre de una niña de la que era padrino: «La querida ahijadita, según creo, tiene un secreto presentimiento de que la amo, tan fuerte es el afecto que me demuestra».

Por último, «ésta es la edad adecuada para recibir impresiones», lo cual es bueno porque significa que los jóvenes pueden ser educados y son capaces de grandes cosas. El futuro pertenece a los jóvenes, como vimos en la abadía de Montmartre, donde fueron los jóvenes, con su abadesa aún más joven, quienes llevaron a cabo la «reforma».

El sentido de la educación

Aunque el realismo exige que los educadores conozcan a las personas a las que se dirigen, nunca deben perder de vista el sentido de la finalidad de su acción. Nada mejor que una conciencia clara de los objetivos que nos fijamos, porque «todo agente actúa por el fin y en función del fin».

¿Qué es entonces la educación y cuál es su finalidad? La educación, dice Francisco de Sales, es “una multitud de sollicitaciones, ayudas, beneficios y otros servicios necesarios para el niño, ejercidos y continuados hacia él hasta la edad en que ya no los necesita”. Dos cosas llaman la atención en esta definición: por un lado, la

insistencia en la multitud de atenciones que requiere la educación y, por otro, su fin, que coincide con el momento en que el sujeto ha alcanzado la autonomía. Los niños son educados para alcanzar la libertad y el pleno control de sus vidas.

Concretamente, el ideal educativo de Francisco de Sales parece girar en torno a la noción de armonía, es decir, la integración armónica de todos los diversos componentes que existen en el ser humano: «acciones, movimientos, sentimientos, inclinaciones, hábitos, pasiones, facultades y potencias». La armonía implica unidad, pero también distinción. La unidad requiere un mandamiento único, pero el mandamiento único no sólo debe respetar las diferencias, sino promover las distinciones en la búsqueda de la armonía. En la persona humana, el gobierno pertenece a la voluntad, a la que se refieren todos los demás componentes, cada uno en su lugar y en interdependencia con los demás.

Francisco de Sales utiliza dos comparaciones para ilustrar su ideal. No carecen de analogía con los dos impulsos humanos fundamentales destacados por el psicoanálisis: la agresión y el placer. Un ejército es bello, explica, cuando está compuesto de partes distintas dispuestas de tal manera que juntas forman un solo ejército. La música es bella cuando las voces están unidas en la distinción y cuando son distintas, pero están unidas.

Partir del corazón

«Quien ha conquistado el corazón del hombre, ha conquistado al hombre entero», escribe el autor de la *Introducción a la vida devota*. Esta regla general debería ser aplicable al campo de la educación. La expresión «conquistar el corazón» puede interpretarse de dos maneras. Puede significar que el educador debe apuntar al corazón, es decir, al núcleo interior de la persona, antes de preocuparse por su comportamiento exterior. Por otra parte, significa conquistar a la persona a través del afecto.

El hombre se construye desde dentro: ésta parece

ser una de las grandes lecciones de Francisco de Sales, educador y reformador de personas y comunidades. Era muy consciente de que su método no era compartido por todos, pues escribió: «Nunca he podido aprobar el método de aquellos que, para reformar al hombre, empiezan por el exterior, por el porte, la ropa, el cabello. Por tanto, hay que empezar por dentro, es decir, por el corazón, sede de la voluntad y fuente de todas nuestras acciones.

El segundo punto consiste en intentar ganarse el afecto de los demás, para establecer con ellos una buena relación educativa. En una carta dirigida a una abadesa para aconsejarle sobre la reforma de su monasterio, compuesto en gran parte por jóvenes, encontramos valiosas indicaciones sobre cómo concebía el obispo saboyano su método de educación, de formación y, más precisamente en este caso, de «reforma». Ante todo, no debemos alarmarles dándoles la impresión de que queremos reformarles. El objetivo es que se reformen ellos mismos». Después de estos preliminares, hay que utilizar tres o cuatro «trucos». No es de extrañar, ya que la educación es también un arte, de hecho, el arte de las artes. El primero consiste en pedirles que hagan cosas a menudo, pero muy fácilmente y sin dar la impresión de estar haciéndolas. En segundo lugar, hay que hablar a menudo y en términos generales de lo que hay que cambiar, como si se pensara en otra persona. En tercer lugar, hay que tratar de hacer amable la obediencia, sin olvidar de nuevo mostrar sus beneficios y ventajas. Según Francisco de Sales, hay que preferir la amabilidad porque suele ser más eficaz. Por último, los responsables deben mostrar que no actúan por capricho, sino en virtud de su responsabilidad y con vistas al bien de todos.

Mandar, aconsejar, inspirar

Parece que las intervenciones propuestas por Francisco de Sales en el campo de la educación siguen el modelo de las tres maneras que Dios utiliza con los hombres para indicarles su voluntad: mandamientos, consejos e inspiraciones.

Es obvio que los padres y maestros tienen el derecho y el deber de ordenar a sus hijos o alumnos por su propio bien, y que ellos deben obedecer. Él mismo, en su responsabilidad de obispo, no dudaba en hacerlo cuando era necesario. Sin embargo, según Camus, aborrecía a los espíritus absolutos que querían ser obedecidos a voluntad y que todo debía ceder a su dominio. Decía que «quien ama ser temido, teme ser amado». En algunos casos, la obediencia puede ser forzada. Refiriéndose al hijo de uno de sus amigos, escribió a su padre: «Si persevera, nos daremos por satisfechos; si no lo hace, tendremos que recurrir a uno de estos dos remedios: o retirarlo a una escuela un poco más cerrada que ésta, o darle un maestro particular que sea un hombre y al que preste obediencia». ¿Se puede descartar por completo el uso de la fuerza?

Usualmente, sin embargo, Francisco de Sales recurría a consejos, advertencias y recomendaciones. El autor de la *Introducción a la Vida Devota* se presenta a sí mismo como un consejero, un asistente, alguien que da 'consejos'. Aunque a menudo usa el imperativo, es consejo lo que está dando, especialmente porque a menudo va acompañado de un condicional: 'Si puedes hacerlo, hazlo'. A veces la recomendación se disfraza de declaración de valores: es bueno hacerlo, es mejor hacerlo así, etc.

Pero cuando puede y su autoridad no está en entredicho, prefiere actuar por inspiración, sugerencia o insinuación. Es el método salesiano por excelencia, que respeta la libertad humana. Le parecía particularmente adecuado para elegir un estado de vida. Es el método que recomendó a Madame de Chantal para la vocación que quería para sus hijos, «inspirándoles suavemente pensamientos en sintonía con ella».

Pero la inspiración no se comunica sólo con palabras. Los cielos no hablan, dice la Biblia, sino que proclaman la gloria de Dios con su testimonio silencioso. Del mismo modo, «el buen ejemplo es una predicación silenciosa», como la de San Francisco que, sin decir una sola palabra,

atrajo con su ejemplo a un gran número de jóvenes. En efecto, el ejemplo lleva a la imitación. Los pequeños ruiseñores aprenden a cantar con los grandes, recordó, y «el ejemplo de los que amamos ejerce sobre nosotros una influencia y una autoridad suaves e imperceptibles», hasta el punto de que nos vemos obligados a dejarlos o a imitarlos.

¿Cómo corregir?

El espíritu de corrección consiste en «resistir al mal y reprimir los vicios de aquellos que nos han sido confiados, constante y valientemente, pero con dulzura y tranquilidad». Sin embargo, las faltas deben corregirse sin demora, mientras son pequeñas, «porque si esperas a que crezcan, no podrás curarlas fácilmente».

La severidad es a veces necesaria. Los dos jóvenes religiosos que daban escándalo debían ser reconducidos al buen camino si se quería evitar un gran número de consecuencias lamentables. Aunque su juventud haya podido servir de excusa, «la continuación de su conducta los hace ahora imperdonables». Incluso hay casos en los que es necesario «mantener a los malvados en cierto temor por la resistencia que opondrán». El obispo de Ginebra cita una carta de san Bernardo a los frailes de Roma que necesitaban corrección, en la que «les habla con propiedad y con un jabón suficientemente caliente. Hagamos como el cirujano, pues “es una amistad débil o mala ver perecer al amigo y no ayudarlo, verle morir de apostasía y no atreverse a darle el filo de la navaja de la corrección para salvarlo”.

Sin embargo, la corrección debe administrarse sin pasión, porque «un juez castiga mucho mejor a los malvados cuando dicta sus sentencias con razón y con espíritu de tranquilidad, que cuando las dicta con ímpetu y pasión, sobre todo porque, juzgando con pasión, no castiga las faltas según lo que son, sino según lo que él mismo es». Del mismo modo, «las amonestaciones suaves y cordiales de un padre tienen mucho más poder para corregir a un hijo que su cólera y su

ira». Por eso es importante guardarse de la ira. La primera vez que sientas ira, le dijo a Filotea, «debes reunir rápidamente tus fuerzas, no de repente ni impetuosamente, sino con suavidad y seriedad». En una carta a una monja que se había quejado de «una niña huraña y despistada» confiada a su cuidado, el obispo le dio este consejo: «No la corrijas, si puedes, con ira. No seamos como el rey Herodes o como esos hombres que dicen que gobiernan cuando se les teme, cuando gobernar es 'ser amado'».

Hay muchas maneras de corregir. Una de las mejores no es tanto reprender lo que es negativo, sino fomentar todo lo que es positivo en una persona. Es lo que se llama «corregir por inspiración», porque «es maravilloso cómo la dulzura y la belleza de algo bueno atraen poderosamente a los corazones».

Su discípulo, Jean-Pierre Camus, contó la historia de una madre que maldijo a su hijo que la había insultado. Se pensó que el obispo debería hacer lo mismo, pero él respondió: «¿Qué quieres que haga? Tenía miedo de derramar en un cuarto de hora el poco licor de bondad que intento reunir desde hace veintidós años». Fue de nuevo Camus quien relató esta «inolvidable» frase de su maestro: «Recuerda que se cazan más moscas con una gota de miel que con un barril de vinagre».

La amabilidad es preferible con los demás, pero también con nosotros mismos. Todo el mundo debería estar preparado para reconocer sus errores con calma y corregirse sin enfadarse. He aquí un buen consejo para una «pobre chica» enfadada consigo misma: «Dile que, por mucho que se queje, nunca se sorprenderá ni se enfadará consigo misma».

Educación progresiva

San Francisco de Sales, que tenía sentido de lo real y de lo posible, así como la moderación y el tacto necesarios, estaba convencido de que los grandes proyectos sólo se consiguen con paciencia y tiempo. La perfección nunca es el punto de partida y probablemente nunca se alcanzará,

pero el progreso siempre es posible. El crecimiento tiene sus propias leyes que hay que respetar: las abejas fueron primero larvas, luego ninfas y finalmente abejas «formadas, hechas y perfectas».

Hacer las cosas ordenadamente, una tras otra, sin aspavientos, incluso con cierta lentitud, pero sin detenerse nunca, éste parece ser el ideal del obispo de Ginebra. Avancemos, decía, y «por muy despacio que avancemos, recorreremos un largo camino». Del mismo modo, recomendó a una abadesa que tenía la onerosa tarea de reformar su monasterio: «Debes tener un corazón grande y perdurable». La ley de la progresión es universal y se aplica en todos los campos».

Para ilustrar su pensamiento, el santo de la dulzura utilizó innumerables comparaciones e imágenes para inculcar el sentido del tiempo y la necesidad de perseverar. Algunas personas tienen tendencia a volar antes de tener alas, o de repente quieren ser ángeles, cuando no son más que hombres y mujeres de bien. Cuando los niños son pequeños, les damos leche, y cuando crecen y empiezan a tener dientes, les damos pan y manteca.

Un punto importante es no tener miedo a repetir lo mismo una y otra vez. Debemos imitar a los pintores y escultores que crean sus obras repitiendo los trazos del pincel y el cincel. La educación es un largo viaje. Por el camino, hay que purificarse de muchos «humores» negativos, y esta purificación es lenta. Pero no hay que desanimarse. La lentitud no significa resignación o espera casual. Al contrario, hay que aprender a aprovecharlo todo al máximo, sin perder el tiempo y sabiendo utilizar “nuestros años, nuestros meses, nuestras semanas, nuestros días, nuestras horas, incluso nuestros momentos”.

La paciencia, a menudo enseñada por el Obispo de Ginebra, es una paciencia activa que nos permite avanzar, aunque sea a pequeños pasos. «Poco a poco y pie a pie, debemos adquirir este dominio», escribió a una impaciente Filotea. Aprendemos ‘primero a caminar a pequeños pasos, luego a apresurarnos, después a caminar a medias, finalmente a

correr'. El crecimiento hacia la edad adulta comienza lentamente y se acelera cada vez más, al igual que la formación y la educación. Por último, la paciencia se nutre de la esperanza: "No hay tierra tan ingrata que el amor del trabajador no la abone".

Educación integral

De lo que se ha dicho hasta ahora, ya está bastante claro que, para Francisco de Sales, la educación no podía confundirse con una sola dimensión de la persona, tal como la educación, o los buenos modales, o incluso una educación religiosa desprovista de fundamentos humanos. Por supuesto, no se puede negar la importancia de cada una de estas áreas en particular. En cuanto a la educación y la formación de la mente, basta recordar el tiempo y el esfuerzo que dedicó durante su juventud a la adquisición de una elevada cultura intelectual y «profesional», así como el cuidado que dedicó a la educación en su diócesis.

Sin embargo, su principal preocupación fue la formación integral de la persona humana, entendida en todas sus dimensiones y dinámicas. Para demostrarlo, nos centraremos en cada una de las dimensiones constitutivas de la persona humana en su totalidad simbólica: el cuerpo con todos sus sentidos, el alma con todas sus pasiones, la mente con todas sus facultades y el corazón, sede de la voluntad, el amor y la libertad.

San Francisco de Sales, fundador de una nueva escuela

de perfección

Para Francisco de Sales, la vida religiosa es «una escuela de perfección», en la cual uno «se consagra de manera más simple y total a Nuestro Señor». «La vida religiosa – añade el fundador de la Visitación – es una escuela donde cada uno debe aprender la lección: el maestro no exige que el alumno sepa la lección todos los días sin equivocarse, es suficiente que se esfuerce por hacer lo que puede para aprenderla». Hablando de la congregación de la Visitación que él fundó, usaba el mismo lenguaje: «La congregación es una escuela»; se entra «para encaminarse hacia la perfección del amor divino».

Correspondía al fundador formar a sus hijas espirituales, desempeñando el papel de «institutor» y maestro de las novicias. Lo hizo de manera excelente. Según T. Mandrini, «san Francisco de Sales ocupa en la historia de la vida religiosa un lugar de primer orden, como san Ignacio de Loyola; podemos afirmar que en la historia de la vida religiosa femenina san Francisco de Sales ocupa el lugar que san Ignacio tiene en la historia de la vida masculina».

Juana de Chantal en los orígenes de la Visitación

En 1604, Francisco de Sales se encontró en Dijon, donde estaba predicando la cuaresma, con la mujer que estaba a punto de convertirse en la «piedra fundamental» de un nuevo instituto. En esa fecha, Jeanne-Françoise Frémyot era una joven viuda de treinta y dos años. Nacida en 1572 en Dijon, se había casado a los veinte años con Christophe Rabutin, barón de Chantal. Tuvieron un hijo y tres hijas. Quince días después del nacimiento de la última hija, el marido fue mortalmente herido durante una partida de caza. Quedándose viuda, Juana continuó valientemente ocupándose de la educación de los hijos y de ayudar a los pobres.

El encuentro de Chantal con el obispo de Ginebra marcó el inicio de una verdadera amistad espiritual que

desembocaría en una nueva forma de vida religiosa. Al principio, Francisco de Sales inculcó a Juana que amara la humildad requerida por su estado de viuda, sin pensar en un nuevo matrimonio o en la vida religiosa; la voluntad de Dios se manifestaría a su debido tiempo. La animó en las pruebas y tentaciones contra la fe y contra la Iglesia.

En 1605, la baronesa llegó a Sales para ver a su director y profundizar con él los temas que la preocupaban. Francisco respondió evasivamente al deseo de Juana de hacerse religiosa, pero añadiendo estas fuertes palabras: «El día en que abandonen todo, vendrán a mí y haré en modo que se encuentren en un total despojo y desnudez, para ser toda de Dios». Para prepararla para este objetivo final, le sugería: “la dulzura de corazón, la pobreza de espíritu y la simplicidad de vida, junto con estos tres modestos ejercicios: visitar a los enfermos, servir a los pobres, consolar a los afligidos y otros similares”.

Al inicio de 1606, ya que el padre de la baronesa la empujaba a volver a casarse, el problema de la vida religiosa se volvió urgente. ¿Qué hacer, se preguntaba el obispo de Ginebra? Una cosa era clara, pero la otra estaba en el aire:

He aprendido hasta este momento, Hija mía, que, un día, deberán dejar todo; o mejor, para que no entiendan la cosa de manera diferente a como la he entendido yo, que, un día, les tendré que aconsejar que dejen todo. Digo dejar todo. Pero que deban hacerlo para entrar en la vida religiosa, es poco probable, porque aún no me ha ocurrido estar de este parecer: todavía estoy en duda, y no veo, ante mí, nada que me invite a desearlo. Compréndanme bien, por amor de Dios. No digo que no, pero solo digo que mi espíritu aún no ha encontrado una razón para decir que sí.

La prudencia y la lentitud de Francisco de Sales son fácilmente explicables. La baronesa, de hecho, soñaba quizás con hacerse carmelita, y él, por su parte, aún no había

madurado el proyecto de la nueva fundación. Pero el principal obstáculo eran los hijos de la señora Chantal, todos aún pequeños de edad.

La fundación

En el transcurso de un nuevo encuentro ocurrido en Annecy en 1607, Francisco le declaró esta vez: «¡Bien! Hija mía, me he decidido sobre lo que quiero hacer de ustedes»; y le reveló el proyecto de fundar con ella un nuevo instituto. Quedaban dos obstáculos mayores para la realización: los deberes familiares de la señora de Chantal y su estable llegada a Annecy, porque, decía, «es necesario sembrar la semilla de nuestra congregación en la pequeña Annecy». Y mientras la señora de Chantal soñaba probablemente con una vida enteramente contemplativa, Francisco le citaba el ejemplo de santa Marta, pero una Marta «corregida» por el ejemplo de María, que dividía las horas de sus días en dos, «dedicando una buena parte a las obras exteriores de caridad, y la parte mejor a su intimidad con la contemplación».

Durante los tres años siguientes, los principales obstáculos cayeron uno tras otro: el padre de Chantal le permitió seguir su propio camino, aceptando también cuidar la educación del primogénito; la hija mayor se casó con Bernard de Sales, hermano de Francisco, y lo siguió a Saboya; la segunda hija acompañará a la madre a Annecy; en cuanto a la última, ella murió a finales de enero de 1610 a la edad de nueve años.

El 6 de junio de 1610, Juana de Chantal se estableció en una casa privada con Charlotte, una amiga de Borgoña, y Jacqueline, hija del presidente Antoine Favre. Su propósito era «consagrar todos los momentos de su vida a amar y servir a Dios», sin descuidar «el servicio de los pobres y de los enfermos». La Visitación será una «pequeña congregación», que une la vida interior con una forma de vida activa. Las tres primeras visitandinas hicieron su profesión exactamente un año después, el 6 de junio de 1611. El 1 de enero de 1612 comenzarán las visitas a los pobres y a los

enfermos, previstas en el primitivo proyecto de Constituciones. El 30 de octubre del mismo año, la comunidad abandonó la casa, que se había vuelto demasiado pequeña, y se trasladó a una nueva casa, a la espera de erigir el primer monasterio de la Visitación.

Durante los primeros años no se soñó con ninguna otra fundación, hasta que en 1615 llegó una solicitud insistente de algunas personas de Lyon. El arzobispo de dicha ciudad no quería que las hermanas salieran del monasterio para las visitas a los enfermos; según él, era necesario transformar la congregación en un verdadero orden religiosa, con votos solemnes y clausura, siguiendo las prescripciones del concilio de Trento. Francisco de Sales tuvo que aceptar la mayoría de las condiciones: la visita a los enfermos fue suprimida y la Visitación se convirtió en un orden casi monástico, bajo la regla de san Agustín, aunque conservando la posibilidad de acoger a personas externas por un tiempo de descanso o para ejercicios espirituales. Su desarrollo fue rápido: contará con trece monasterios a la muerte del fundador en 1622 y ochenta y siete a la muerte de la madre de Chantal en 1641.

La formación en forma de encuentros

Georges Rolland ha descrito bien el papel de la formación de las «hijas» de la Visitación, que Francisco de Sales asumió desde el inicio del nuevo instituto:

Las asistía en sus inicios, esforzándose mucho y dedicando mucho tiempo a educarlas y a guiarlas por el camino de la perfección, primero todas juntas y luego cada una en particular. Por eso iba a verlas, a menudo dos o tres veces al día, dándoles indicaciones sobre cuestiones que de vez en cuando le venía a la mente, tanto de orden espiritual como de naturaleza material. [...] Era su confesor, capellán, padre espiritual y director.

El tono de sus «encuentros» era muy simple y familiar. Un encuentro, de hecho, es una amable conversación,

un diálogo o coloquio familiar, no una «predica», sino más bien una «simple conferencia en la que cada uno dice su opinión». Normalmente, las preguntas eran planteadas por las hermanas, como se ve claramente en el tercero de sus *Entretenimientos* donde habla *De la confianza y el abandono*. La primera pregunta era saber «si un alma consciente de su miseria puede dirigirse a Dios con plena confianza». Un poco más adelante, el fundador parece aprovechar una nueva pregunta: «Pero ustedes dicen que no sienten en absoluto esta confianza». Más adelante aún afirma: «Ahora pasemos a la otra pregunta que es el abandonarse a sí mismo». Y aún más adelante se encuentra una cadena de preguntas como estas: «Ahora ustedes me preguntan en qué se ocupa esta alma que se abandona totalmente en las manos de Dios»; «ustedes me dicen a esta hora»; «ahora ustedes me preguntan»; «para responder a lo que ustedes preguntan»; «ustedes quieren saber también». Es posible, de hecho, probable, que las secretarias hayan suprimido las preguntas de las interlocutoras para ponerlas en boca del obispo. Las preguntas también podían ser formuladas por escrito, porque al inicio del undécimo *Entretenimiento* se lee: «Empiezo nuestra conversación respondiendo a una pregunta que me ha sido escrita en este papel».

Instrucciones y exhortaciones

El otro método utilizado en la formación de las visitandinas excluía las preguntas y respuestas: eran sermones que el fundador pronunciaba en la capilla del monasterio. El tono familiar que los caracteriza no permite incluirlos entre las grandes prédicas para el pueblo según el estilo de la época. R. Balboni prefiere llamarlos *exhortaciones*. «El discurso que estoy a punto de hacerles», decía el fundador al comenzar a hablar. A veces se refería a su «discursito», calificación que ciertamente no se aplicaba a la duración, que normalmente era de una hora. Una vez dirá: «Teniendo tiempo, trataré de...». El obispo se dirigía a un público particular, las visitandinas, a las que podían sumarse familiares y amigos. Cuando hablaba en la capilla, el fundador debía tener

en cuenta a este público, que podía ser diferente al de los *Entretencimientos* reservados para las religiosas. La diversidad de sus intervenciones se describe bien en la comparación entre el barbero y el cirujano:

Queridas hijas, cuando hablo delante de los seglares, hago como el barbero, me contento con rasurar lo superfluo, es decir, uso jabón para suavizar un poco la piel del corazón, como hace el barbero para suavizar la del mentón antes de rasurarlo; pero en cambio, cuando estoy en el locutorio, me comporto como el cirujano experto, es decir, vendo las heridas de mis queridas hijas, aunque ellas griten un poco: ¡Ay!, y no dejo de presionar la mano sobre la herida para asegurarme de que el vendaje ayude a sanarla bien.

Pero incluso en la capilla el tono continuaba siendo familiar, similar a una conversación. «Es necesario ir más allá – decía –, porque me falta tiempo para detenerme más en este tema»; o aún: «Antes de terminar, digamos una palabra más». Y otra vez: «Pero voy más allá de este primer punto sin añadir nada más, porque no es sobre este tema que quiero detenerme». Cuando habla del misterio de la Visitación, necesita un tiempo suplementario: «Concluiré con dos ejemplos, aunque el tiempo ya ha pasado; de todos modos, un breve cuarto de hora será suficiente». A veces expresa sus sentimientos, diciendo que ha sentido «placer» al tratar del amor mutuo. Ni temía hacer alguna digresión: «A este respecto – dirá en otra ocasión – les contaré dos historias que no narraría si tuviera que hablar desde otra cátedra; pero aquí no hay peligro». Para mantener atento al auditorio, lo interpela con un «díganme ustedes», o con la expresión: «Noten, por favor». A menudo se relacionaba con un tema que había desarrollado anteriormente, diciendo: «Deseo añadir aún una palabra al discurso que les hice el otro día». «Pero veo que la hora se va rápido – exclama –, lo que me hará terminar completando, en el poco tiempo que me queda, la historia de este evangelio». Ha llegado el momento de concluir, dice: «He terminado».

Es necesario tener en cuenta que el predicador era deseado, escuchado con atención y también autorizado a veces a contar de nuevo la misma historia: «Aunque ya la he narrado, no dejaré de repetirla, dado que no estoy delante de personas tan disgustadas que no estén dispuestas a escuchar dos veces la misma historia; de hecho, quienes tienen buen apetito comen gustosamente dos veces el mismo alimento».

Los *Sermones* se presentan como una instrucción más estructurada en comparación con los *Entretenimientos*, donde los temas a veces se suceden rápidamente impulsados por las preguntas. Aquí la conexión es más lógica, las diferentes articulaciones del discurso están mejor indicadas. El predicador explica la Escritura, la comenta con los Padres y los teólogos, pero es una explicación bastante meditada y capaz de alimentar la oración mental de las religiosas. Como toda meditación, comprende consideraciones, afectos y resoluciones. Todo su discurso, de hecho, giraba en torno a una pregunta esencial: «¿Quieren convertirse en una buena hija de la Visitación?».

El acompañamiento personal

Por último, había el contacto personal con cada hermana. Francisco tenía una larga experiencia como confesor y director espiritual de personas individuales. Era necesario tener en cuenta, es del todo evidente, la «variedad de espíritus», de temperamentos, de situaciones particulares y de progresos en la perfección.

En los recuerdos de Marie-Adrienne Fichet se lee un episodio que muestra el modo de hacer del obispo de Ginebra: «Monsieur, su Excelencia, ¿tendría la bondad de asignar a cada una de nosotras una virtud para comprometernos individualmente a practicarla?». Quizás se trataba de un piadoso estratagema inventado por la superiora. El fundador respondió: «Madre mía, con gusto, hay que comenzar por ustedes». Las hermanas se retiraron y el obispo las llamó una por una y, paseando, lanzaba a cada una un «desafío» en secreto. Durante la recreación posterior, todas se enteraron

evidentemente del desafío que había confiado a cada una en particular. A la madre de Chantal le había recomendado «la indiferencia y el amor a la voluntad de Dios»; a Jacqueline Favre, «la presencia de Dios»; a Charlotte de Brécharde, «la resignación a la voluntad de Dios». Los desafíos destinados a las otras religiosas se referían, una tras otra, a la modestia y la tranquilidad, el amor a su propia condición, la mortificación de los sentidos, la amabilidad, la humildad interior, la humildad exterior, el desapego de los padres y del mundo, la mortificación de las pasiones.

A las hermanas de la Visitación tentadas a considerar la perfección como un vestido que ponerse, les recordaba con un toque de humor su responsabilidad personal:

Ustedes querrían que les enseñara un camino de perfección ya listo y hecho, por lo que no habría que hacer otra cosa que ponérselo, como harían con un vestido, y así se encontrarían perfectas sin esfuerzo, es decir, querrían que les presentara una perfección ya confeccionada [...]. Ciertamente, si eso estuviera en mi poder, sería el hombre más perfecto del mundo; de hecho, si pudiera dar la perfección a los demás sin hacer nada, les aseguro que primero la tomaría para mí.

¿Cómo conciliar en una comunidad la necesaria unidad, incluso uniformidad, con la diversidad de las personas y los temperamentos que la componen? El fundador escribía a este respecto a la superiora de la Visitación de Lyon: «Si se encuentra alguna alma o incluso alguna novicia que siente demasiada repugnancia a someterse a esos ejercicios que están señalados, y si esta repugnancia no nace de un capricho, de presunción, de altanería o tendencias melancólicas, tocará a la maestra de novicias conducir por otro camino, aunque este sea útil para lo ordinario, como lo demuestra la experiencia». Como siempre, la obediencia y la libertad no deben oponerse la una a la otra.

Fuerza y dulzura deben además caracterizar la manera en que las superiores de la Visitación debían «modelar»

las almas. De hecho, les dice, es «con sus manos» que Dios «modela las almas, usando o el martillo, o el cincel, o el pincel, con el fin de configurarlas todas a su gusto». Las superiores deberán tener «corazones de padres sólidos, firmes y constantes, sin descuidar las ternuras de madres que hacen desear lo dulce a los niños, siguiendo el orden divino que todo gobierna con una fuerza muy suave y una suavidad muy fuerte».

Las maestras de novicias merecían tener atenciones particulares por parte del fundador, porque «de la buena formación y dirección de las novicias depende la vida y la buena salud de la congregación». ¿Cómo formar a las futuras visitandinas, cuando se está lejos de los fundadores? se preguntaba la maestra de novicias de Lyon. Francisco le responde: «Digan lo que han visto, enseñen lo que han oído en Annecy. ¡He aquí! Esta plantita es muy pequeña y tiene raíces profundas; pero la ramita que se separará de ella, sin duda perecerá, se secará y no será buena para nada más que para ser cortada y arrojada al fuego».

Un manual de la perfección

En 1616 san Francisco de Sales publicó el *Tratado del amor de Dios*, un libro «hecho para ayudar al alma ya devota a que pueda progresar en su proyecto». Como es fácil notar, el *Teotimo* propone una doctrina sublime sobre el amor de Dios, la cual ha procurado a su autor el título de «doctor de la caridad», pero lo hace con un marcado sentido pedagógico. El autor quiere acompañar a lo largo del camino del amor más alto a una persona llamada *Teotimo*, nombre simbólico que designa «el espíritu humano que desea progresar en la santa dilección», es decir, en el amor de Dios.

El *Teotimo* se revela como el «manual» de la «escuela de perfección» que Francisco de Sales ha querido crear. Se descubre de manera implícita la idea de la necesidad de una formación permanente, ilustrada por él mediante esta imagen tomada del mundo vegetal:

¿No vemos, por experiencia, que las plantas y los

frutos no tienen un crecimiento y maduración adecuados si no llevan sus granos y sus semillas que sirven para la reproducción de las plantas y los árboles de la misma especie? Las virtudes nunca tienen la dimensión y suficiencia adecuadas si no producen en nosotros deseos de hacer progresos. En resumen, es necesario imitar a este curioso animal que es el cocodrilo: «Pequeñísimo al nacer, no cesa nunca de crecer mientras está vivo».

Frente a la decadencia y a veces a la conducta escandalosa de numerosos monasterios y abadías, Francisco de Sales trazaba un camino exigente pero amable. En referencia a las órdenes reformadas, donde reinaban una severidad y una austeridad tales que alejaban a un buen número de personas de la vida religiosa, el fundador de las visitandinas tuvo la profunda intuición de concentrar la esencia de la vida religiosa simplemente en la búsqueda de la perfección de la caridad. Con los necesarios ajustes, esta «pedagogía llegada a su apogeo», nacida en contacto con la Visitación, superará ampliamente los muros de su primer monasterio y fascinará a otros «aprendices» de la perfección.

San Francisco de Sales, acompañante personal

«Mi espíritu siempre acompaña al tuyo,» escribió Francisco de Sales un día a Juana de Chantal, en un momento en que ella se sentía asaltada por la oscuridad y las tentaciones. El añadió: “Camina, por lo tanto, mi querida Hija, y avanza con mal tiempo y durante la noche. Sé valiente, mi querida Hija; con la ayuda de Dios, haremos mucho”. Acompañamiento, dirección espiritual, guía de almas, dirección de conciencia, asistencia espiritual: son fórmulas más o menos

sinónimas, ya que designan esta forma particular de educación y de formación ejercida en el ámbito espiritual de la conciencia individual.

Formación de un futuro acompañante

La formación que recibió de joven había preparado a Francisco de Sales para convertirse a su vez en director espiritual. Como estudiante de los jesuitas en París muy probablemente tuvo un padre espiritual cuyo nombre desconocemos. En Padua, Antonio Possevino había sido su director; con este famoso jesuita Francisco se felicitaría más tarde por haber sido uno de sus «hijos espirituales». Durante su tormentoso camino hacia el estado clerical, su confidente y apoyo fue Amé Bouvard, sacerdote amigo de la familia, que le preparó entonces para la ordenación.

Al comienzo de su episcopado, confió el cuidado de su vida espiritual al padre Fourier, rector de los jesuitas de Chambéry, «un religioso grande, erudito y devoto», con el que estableció «una amistad muy especial» y que estuvo muy cerca de él «con sus consejos y advertencias». Durante varios años, se confiesa regularmente con el penitenciario de la catedral, a quien llama «querido hermano y perfecto amigo».

Su estancia en París en 1602 influyó profundamente en el desarrollo de sus dotes de director de almas. Enviado por el obispo para negociar algunos asuntos diocesanos en la corte, tuvo poco éxito diplomático, pero esta prolongada visita a la capital francesa le permitió establecer contactos con la élite espiritual que se reunía en casa de Dame Acarie, mujer excepcional, mística y anfitriona al mismo tiempo. Se convirtió en su confesor, observó sus éxtasis y la escuchó sin rechistar. Qué error cometí», diría más tarde, “por no haber aprovechado suficientemente su santísima compañía”. En efecto, ella me abrió libremente su alma; pero el extremo respeto que le tenía hizo que no me atreviera a informarme de la menor cosa».

Una actividad persistente «que tranquiliza y anima»

Ayudar a cada uno, acompañarle personalmente, aconsejarle, corregir eventualmente sus errores, animarle, todo ello requiere tiempo, paciencia y un esfuerzo constante de discernimiento. El autor de *Filotea* habla por experiencia propia cuando afirma en el prefacio:

Es un trabajo, lo confieso, guiar almas individuales, pero un trabajo que hace que uno se sienta ligero, como el de los segadores y los cosechadores, que nunca están tan contentos como cuando tienen mucho trabajo y mucho que llevar. Es un trabajo que tranquiliza y anima, por la dulzura que aporta a quien lo emprende.

Conocemos este importante ámbito de su labor formativa sobre todo por su correspondencia, pero hay que señalar que la dirección espiritual no se hace sólo por escrito. Los encuentros personales y las confesiones individuales forman parte de ella, aunque hay que distinguirlos adecuadamente. En 1603 conoció al duque de Bellegarde, gran figura del reino y gran pecador, que pocos años después le pidió que le guiara por el camino de la conversión. La Cuaresma que predicó en Dijon al año siguiente fue un punto de inflexión en su «carrera» como director espiritual, porque conoció a Jeanne Frémyot, viuda del barón de Chantal.

A partir de 1605, la visita sistemática de su vasta diócesis le puso en contacto con infinidad de personas de toda condición, principalmente campesinos y montañeses, la mayoría de los cuales eran analfabetos y no nos dejaron correspondencia. Predicando la Cuaresma en Annecy en 1607, encontró en sus «sagradas redes» a una joven de veintiún años, «pero toda de oro», llamada Luisa Du Chastel, que se había casado con el primo del obispo, Enrique de Charmoisy. Las cartas de dirección espiritual que Francisco envió a Madame de Charmoisy servirían de material básico para la redacción de su futura obra, la *Philothea*.

La predicación en Grenoble en 1616, 1617 y 1618 le

aportó un número considerable de hijas e hijos espirituales que, tras haberle escuchado en la cátedra, buscarían contactar con él de cerca. Nuevas Filoteas lo seguirán en su último viaje a París en 1618-1619, donde formó parte de la delegación de Saboya que negociaba el matrimonio del príncipe de Piamonte, Víctor Amadeo, con Cristina de Francia, hermana de Luis XIII. Tras la boda principesca, Christine lo eligió como su confesor y «gran capellán».

El director es padre, hermano, amigo

Al dirigirse a las personas que dirige, Francisco de Sales hace un uso abundante, por no decir excesivo, según la costumbre de la época, de títulos y apelativos tomados de la vida familiar y social, como *padre, madre, hermano, hermana, hijo, hija, tío, tía, sobrina, padrino, madrina o sirviente*. El título de padre significaba autoridad y al mismo tiempo amor y confianza. El padre «asiste» a su hijo y a su hija aconsejándoles con sabiduría, prudencia y caridad. Como padre espiritual, el director es el que en ciertos casos dice: ¡Yo hago! Francisco de Sales sabía utilizar ese lenguaje, pero sólo en circunstancias muy especiales, como cuando ordena a la baronesa que no evite un encuentro con el asesino de su marido:

Me preguntasteis cómo quería que os comportaseis en el encuentro con el que mató a vuestro señor esposo. Te respondo en orden. No es necesario que usted misma busque la fecha y la ocasión. Sin embargo, si ésta se presenta, quiero que la acojas con un corazón gentil, amable y compasivo.

Una vez escribió a una mujer angustiada: «Te lo ordeno en nombre de Dios», pero fue para quitarle los escrúpulos. Su autoridad permaneció siempre humilde, buena, incluso tierna; su papel con respecto a las personas que dirigía, precisó en el prefacio a la *Filotea*, consistía en una «asistencia» especial, término que aparece dos veces en este contexto. La intimidad que se estableció entre él y el duque de Bellegarde fue tal que Francisco de Sales pudo responder a

la petición del duque, no sin vacilar en utilizar los epítetos «hijo mío» o «monseñor hijo mío», sabiendo perfectamente que el duque era mayor que él. La implicación pedagógica de la dirección espiritual queda subrayada por otra imagen significativa. Tras recordar la veloz carrera de la tigresa para salvar a su cachorro, movida por la fuerza del amor natural, continúa diciendo:

Y cuánto más de buena gana cuidará un corazón paternal de un alma que ha encontrado llena de deseos de santa perfección, llevándola sobre su pecho, como una madre a su hijo, sin sentir el peso de la querida carga.

Con respecto a la gente que él dirige, mujeres y hombres, Francisco de Sales también se comporta como un hermano, y es en esta capacidad que él se presenta a menudo a la gente que recurre a él. A Antoine Favre le llama constantemente «mi hermano». Al principio se dirige a la baronesa de Chantal con el apelativo de «*madame*» (señora), más tarde pasa al de «hermana», «este nombre, con el que los apóstoles y los primeros cristianos se expresaban su amor mutuo». El hermano no manda, aconseja y corrige fraternalmente.

Pero lo que mejor caracteriza el estilo salesiano es el ambiente amistoso y recíproco que une al director y a la persona dirigida. Como bien dice André Ravier, «no hay verdadera dirección espiritual si no hay amistad, es decir, intercambio, comunicación, influencia mutua». No es sorprendente que Francisco de Sales ame a sus referentes con un amor que les testimonia de mil maneras; es sorprendente, en cambio, que desee ser igualmente amado por ellos. Con Jeanne de Chantal, la reciprocidad llega a ser tan intensa que a veces convierte «lo mío» y «lo tuyo» en «lo nuestro»: «No me es posible distinguir lo *mío* y lo *tuyo* en lo que nos concierne es *nuestro*».

Obediencia al director, pero en un clima de confianza y

Libertad

La obediencia al director espiritual es una garantía contra los excesos, las ilusiones y los pasos en falso cometidos las más de las veces por cuenta propia; mantiene una actitud prudente y sabia. El autor de la *Filotea* la considera necesaria y beneficiosa, sin recurrir a ella; «la humilde obediencia, tan recomendada y tan practicada por todos los antiguos devotos», forma parte de una tradición. Francisco de Sales se la recomienda a la baronesa de Chantal a propósito de su primer director, pero indicándole cómo vivirla:

Alabo mucho el respeto religioso que sentís por vuestro director, y os exhorto a conservarlo con mucho cuidado; pero debo deciros también una palabra más. Este respeto debe indudablemente induciros a perseverar en la santa conducta a la que tan felizmente os habéis adaptado, pero de ningún modo debe impedir o sofocar la justa libertad que el Espíritu de Dios da a quien posee.

En todo caso, el director debe poseer tres cualidades indispensables: «Debe estar lleno de caridad, ciencia y prudencia: si falta una de estas tres, hay peligro» (I I 4). No parece ser el caso del primer director de la señora de Chantal. Según su biógrafa, la Madre de Chaugy, este hombre la «vinculaba a su dirección» advirtiéndole de no pensar jamás en cambiarlo; eran «lazos inapropiados que mantenían su alma atrapada, encerrada y sin libertad». Cuando, tras conocer a Francisco de Sales, quiso cambiar de director, se vio sumida en un mar de escrúpulos. Para tranquilizarla, él le mostró otro camino:

Aquí está la regla general de nuestra obediencia, escrita en letras muy grandes: DEBES HACER TODO POR AMOR, Y NADA POR FUERZA; DEBES AMAR LA OBEDIENCIA MÁS DE LO QUE TEMES LA DESOBEDIENCIA. Os dejo el espíritu de la libertad: no la que excluye la obediencia, porque entonces habría que hablar de la libertad de la carne, sino la que excluye la compulsión, el escrúpulo y la prisa.

El camino salesiano se funda en el respeto y la obediencia debidos al director, sin duda alguna, pero sobre todo en la confianza: «Tened en él la mayor confianza, unida a una sagrada reverencia, de modo que la reverencia no disminuya la confianza y la confianza no impida la reverencia; confiad en él con el respeto de una hija hacia su padre, respetadlo con la confianza de una hija hacia su madre».

La confianza inspira sencillez y libertad, que favorecen la comunicación entre dos personas, sobre todo cuando la dirigida es una joven novicia temerosa:

Te diré, en primer lugar, que no debes usar, a mi respecto, palabras de ceremonia o disculpa, pues, por voluntad de Dios, siento por ti todo el afecto que puedas desear, y no sabría prohibirme sentirlo. Amo profundamente tu espíritu, porque creo que Dios lo quiere, y lo amo tiernamente, porque te veo todavía débil y demasiado joven. Escríbame, pues, con toda confianza y libertad, y pídamme todo lo que le parezca útil para su bien. Y que esto quede dicho de una vez por todas.

¿Cómo se debe escribir al obispo de Ginebra? Escríbeme con libertad, con sinceridad, con sencillez -dijo a una de las almas que dirigía-. Sobre este punto, no tengo nada más que decir, excepto que no debes poner *Monseñor* en la carta ni solo ni acompañado de otras palabras: basta con que pongas *Señor*, y ya sabes por qué. Soy un hombre sin ceremonias, y os amo y os honro de todo corazón». Este estribillo vuelve con frecuencia al comienzo de una nueva relación epistolar. El afecto, cuando es sincero y sobre todo cuando tiene la suerte de ser correspondido, autoriza la libertad y la mayor franqueza. Escríbeme cuando te apetezca», le dijo a otra mujer, “con toda confianza y sin ceremonias, porque así es como hay que comportarse en este tipo de amistad”. A uno de sus corresponsales le pidió: «No me pidas que te excuse por escribir bien o mal, porque no me debes más ceremonia que la de quererme». Esto significa hablar «de corazón a corazón». Tanto el amor a Dios como el amor al prójimo nos hacen seguir

adelante «de buena manera, sin muchos aspavientos» porque, como él decía, «el verdadero amor no necesita método». La clave es el amor, porque «el amor iguala a los amantes», es decir, el amor opera una transformación en las personas que uno ama, haciéndolas iguales, semejantes y al mismo nivel.

«Cada flor requiere un cuidado especial».

Aunque el objetivo de la dirección espiritual es el mismo para todos, es decir, la perfección de la vida cristiana, las personas no son todas iguales, y pertenece al arte del director saber indicar a cada uno el camino adecuado para alcanzar la meta común. Hombre de su tiempo, consciente de que las estratificaciones sociales eran una realidad, Francisco de Sales conocía bien la diferencia entre el caballero, el artesano, el ayuda de cámara, el príncipe, la viuda, la muchacha y la mujer casada. Cada uno, de hecho, debía producir frutos 'de acuerdo a su calificación y profesión'. Pero el sentido de pertenencia a un determinado grupo social iba bien, en él, con la consideración de las peculiaridades del individuo: hay que "adaptar la práctica de la devoción a las fuerzas, actividades y deberes de cada uno en particular". También creía que «los medios para alcanzar la perfección son diferentes según la diversidad de las vocaciones».

La diversidad de temperamentos es un hecho que debe ser tomado en cuenta. Uno puede detectar en Francisco de Sales un "instinto psicológico" que es anterior a los descubrimientos modernos. La percepción de las características únicas de cada persona es muy pronunciada en él y es la razón por la que cada sujeto merece una atención especial por parte del padre espiritual: "En un jardín, cada hierba y cada flor requiere un cuidado especial". Como un padre o una madre con sus hijos, se adapta a la individualidad, al temperamento y a las situaciones particulares de cada individuo. A esta persona, impaciente consigo misma, decepcionada porque no progresa como quisiera, le recomienda el amor propio; a esta otra, atraída por la vida religiosa pero dotada de una fuerte

individualidad, le aconseja un estilo de vida que tenga en cuenta estas dos tendencias; a una tercera, oscilante entre la exaltación y la depresión, le sugiere la paz del corazón mediante la lucha contra las imaginaciones angustiosas. A una mujer desesperada por el carácter «derrochador y frívolo» de su marido, el director tendrá que aconsejarle «los medios adecuados y la moderación» y los medios para superar su impaciencia. Otra, una mujer con la cabeza en el cuello, con un carácter “de una sola pieza”, llena de ansiedades y pruebas, necesitará “santa dulzura y tranquilidad”. A otra le angustia el pensamiento de la muerte y a menudo se deprime: su director le inspira valor. Hay almas que tienen mil deseos de perfección; es necesario calmar su impaciencia, fruto de su amor propio. La famosa Angélique Arnauld, abadesa de Port-Royal, quiere reformar su monasterio con rigidez: es necesario recomendarle flexibilidad y humildad.

En cuanto al duque de Bellegarde, que se había inmiscuido en todas las intrigas políticas y amorosas de la corte, el obispo le anima a adquirir «una devoción masculina, valiente, invariable, que sirva de espejo a muchos, exaltando la verdad del amor celestial, digna de reparación por las faltas pasadas». En 1613 redacta una *Memoria para hacer una buena confesión*, que contiene ocho «advertencias» generales, una descripción detallada «de los pecados contra los diez mandamientos», un «examen sobre los pecados capitales», «los pecados cometidos contra los preceptos de la Iglesia», un «medio para discernir el pecado mortal del venial» y, por último, «medios para apartar a los grandes del pecado de la carne».

Método «regresivo»

El arte de la dirección de la conciencia exige muy a menudo que el director dé un paso atrás y deje la iniciativa al destinatario, o a Dios, sobre todo cuando se trata de hacer elecciones que requieren una decisión exigente. «No tome mis palabras demasiado al pie de la letra», escribió a la baronesa de Chantal, “no quiero que sean una imposición para usted,

sino que conserve la libertad de hacer lo que mejor le parezca". Escribía, por ejemplo, a una mujer muy apegada a las «vanidades»:

Cuando te fuiste, se me ocurrió decirte que debías renunciar a las fragancias y a los perfumes, pero me contuve, para seguir mi sistema, que es suave y procura esperar los movimientos que, poco a poco, los ejercicios de piedad tienden a suscitar en las almas que se consagran por entero a la Bondad divina. Mi espíritu, en efecto, es sumamente amigo de la sencillez; y el gancho con que se acostumbra cortar los chupones inútiles, lo dejo habitualmente en manos de Dios.

El director no es un déspota, sino alguien que «guía nuestras acciones con sus advertencias y consejos», como dice al principio de la *Filotea*. Se abstiene de mandar cuando escribe a Madame de Chantal: «Son consejos buenos y convenientes para ti, pero no mandatos». También dirá, en su proceso de canonización, que a veces lamentaba no haber sido suficientemente guiada con mandatos. De hecho, el papel del director queda definido por la siguiente respuesta de Sócrates a un discípulo: «Me ocuparé, pues, de devolverte a ti mismo mejor de lo que eres». Como siempre declaraba a Madame de Chantal, Francisco se había «consagrado», se había puesto al «servicio» de la «santísima libertad cristiana». Lucha por la libertad:

Veréis que digo la verdad y que lucho por una buena causa cuando defendiendo la santa y amable libertad del espíritu, que, como sabéis, honro de manera muy especial, siempre que sea verdadera y esté libre de disipación y libertinaje, que no son más que una máscara de la libertad.

En 1616, durante un retiro espiritual, Francisco de Sales hizo que la propia madre de Chantal hiciera un ejercicio de «desvestirse», para reducirla a «la hermosa y santa pureza y desnudez de los niños». Había llegado el momento de dar el paso hacia la «autonomía» de la persona

directa. La exhortó, entre otras cosas, a no 'tomar ninguna nodriza' y a no seguir diciéndole -precisó- 'que yo seré siempre su nodriza', y, en suma, a estar dispuesta a renunciar a la dirección espiritual de Francisco. Sólo Dios basta: «No tengáis otros brazos para llevaros que los de Dios, ni otros pechos en los que descansar que los Suyos y la Providencia. [...] No pienses más en la amistad ni en la unidad que Dios ha establecido entre nosotros». Para Madame de Chantal, la lección es dura: «¡Dios mío! ¡Mi verdadero Padre, al que has cortado profundamente con tu navaja! ¿Puedo permanecer mucho tiempo en este estado de ánimo? Ahora se ve «despojada y desnuda de todo lo que le era más precioso». Francisco confiesa también: «Y sí, también yo me encuentro desnudo, gracias a Aquel que murió desnudo para enseñarnos a vivir desnudos». La dirección espiritual alcanza aquí su punto culminante. Después de una experiencia así, las cartas espirituales serán más raras y los afectos más contenidos y ventajosos en favor de una unidad totalmente espiritual.